Lucas

1 Ya que muchos han intentado escribir en
orden un relato de las cosas que se han cumplido
entre nosotros,
2 tal como nos las transmitieron los que desde
el principio las vieron con sus propios ojos y
fueron servidores de la palabra,
3 también a mí me pareció bien, excelentísimo
Teófilo, después de investigar todo con cuidado
desde el principio, escribírtelo en orden,
4 para que conozcas bien la verdad de las cosas
que te han enseñado.
5 En los días de Herodes, rey de Judea, había un
sacerdote llamado Zacarías, del grupo de Abías.
Su esposa era de las hijas de Aarón, y se llamaba
Elisabet.
6 Los dos eran justos delante de Dios, y vivían
obedeciendo todos los mandamientos y
ordenanzas del Señor sin culpa.
7 Pero no tenían hijos, porque Elisabet era
estéril; y ambos eran ya de edad avanzada.
8 Sucedió que Zacarías estaba sirviendo como
sacerdote delante de Dios, cuando le tocó el turno
a su grupo.
9 Según la costumbre del sacerdocio, le tocó por
suerte entrar en el templo del Señor para quemar
incienso.
10 Toda la multitud del pueblo estaba afuera
orando a la hora del incienso.
11 Entonces se le apareció un ángel del Señor, de
pie a la derecha del altar del incienso.

12 Al verlo, Zacarías se turbó, y tuvo mucho
miedo.
13 Pero el ángel le dijo: No tengas miedo,
Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada. Tu
esposa Elisabet te dará un hijo, y le pondrás por
nombre Juan.
14 Tendrás gozo y alegría, y muchos se alegrarán
por su nacimiento.
15 Porque será grande delante del Señor. No
beberá vino ni bebida fuerte, y será lleno del
Espíritu Santo desde antes de nacer.
16 Hará que muchos de los hijos de Israel
vuelvan al Señor su Dios.
17 Irá delante del Señor con el espíritu y el poder
de Elías, para volver el corazón de los padres
hacia los hijos, y a los rebeldes a la sabiduría de
los justos, a fin de preparar para el Señor un
pueblo bien dispuesto.
18 Zacarías dijo al ángel: ¿Cómo sabré que esto es
verdad? Porque yo soy viejo, y mi esposa es de
edad avanzada.
19 El ángel le respondió: Yo soy Gabriel, que
estoy delante de Dios. He sido enviado para
hablar contigo y darte estas buenas noticias.
20 Ahora quedarás mudo y no podrás hablar
hasta el día en que esto suceda, porque no creíste
mis palabras, que se cumplirán a su tiempo.
21 Mientras tanto, el pueblo esperaba a
Zacarías, y se extrañaba de que tardara tanto en el
templo.
22 Cuando salió, no podía hablarles. Entonces
entendieron que había visto una visión en el
templo. Él les hacía señas, y permaneció mudo.

23 Cuando terminaron los días de su servicio,
volvió a su casa.
24 Después de esos días, su esposa Elisabet
quedó embarazada, y se mantuvo apartada por
cinco meses.
25 Ella decía: Así ha hecho el Señor conmigo en
estos días, cuando miró mi situación para quitar
mi vergüenza delante de la gente.
26 Al sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por
Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret,
27 a una virgen comprometida para casarse con
un hombre llamado José, de la casa de David. El
nombre de la virgen era María.
28 El ángel entró a donde ella estaba y le dijo:
¡Saludos, muy favorecida! El Señor está contigo.
Bendita eres entre las mujeres.
29 Pero ella se turbó mucho por estas palabras,
y se preguntaba qué clase de saludo sería este.
30 Entonces el ángel le dijo: No tengas miedo,
María, porque has hallado gracia delante de Dios.
31 Mira, quedarás embarazada, darás a luz un
hijo, y le pondrás por nombre Jesús.
32 Él será grande y será llamado Hijo del
Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David,
su padre.
33 Reinará sobre la casa de Jacob para siempre,
y su reino no tendrá fin.
34 María dijo al ángel: ¿Cómo será esto, si no
conozco varón?
35 El ángel le respondió: El Espíritu Santo vendrá
sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su
sombra. Por eso, el Santo que nacerá será
llamado Hijo de Dios.

36 Mira, también tu parienta Elisabet ha
concebido un hijo en su vejez. Este es el sexto
mes para ella, la que llamaban estéril.
37 Porque para Dios nada será imposible.
38 Entonces María dijo: Yo soy la sierva del
Señor. Hágase conmigo según tu palabra. Y el
ángel se fue de ella.
39 En aquellos días, María se levantó y fue de
prisa a la región montañosa, a una ciudad de Judá.
40 Entró en la casa de Zacarías y saludó a
Elisabet.
41 Cuando Elisabet oyó el saludo de María, el
bebé saltó en su vientre; y Elisabet fue llena del
Espíritu Santo.
42 Entonces dijo a gran voz: Bendita eres entre
las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.
43 ¿Por qué se me concede esto, que la madre de
mi Señor venga a mí?
44 Porque cuando oí tu saludo, el bebé saltó de
alegría en mi vientre.
45 Dichosa la que creyó, porque se cumplirá lo
que el Señor le dijo.
46 Entonces María dijo: Mi alma engrandece al
Señor,
47 y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador.
48 Porque ha mirado la humildad de su sierva.
Desde ahora todas las generaciones me llamarán
dichosa.
49 Porque el Poderoso ha hecho grandes cosas
por mí, y santo es su nombre.
50 Su misericordia es de generación en
generación para los que le temen.

51 Con su brazo hizo obras poderosas; esparció
a los soberbios en los pensamientos de sus
corazones.
52 Derribó a los poderosos de sus tronos, y
levantó a los humildes.
53 A los hambrientos llenó de cosas buenas, y a
los ricos envió vacíos.
54 Ayudó a Israel, su siervo, acordándose de su
misericordia,
55 como habló a nuestros padres, a Abraham y
a su descendencia para siempre.
56 María se quedó con Elisabet como tres meses,
y luego volvió a su casa.
57 Cuando se cumplió el tiempo para que
Elisabet diera a luz, tuvo un hijo.
58 Sus vecinos y parientes oyeron que el Señor
había mostrado gran misericordia con ella, y se
alegraron con ella.
59 Al octavo día vinieron a circuncidar al niño, y
querían llamarlo Zacarías, como su padre.
60 Pero su madre dijo: No. Se llamará Juan.
61 Ellos le dijeron: No hay nadie en tu familia
que tenga ese nombre.
62 Entonces hicieron señas a su padre, para
saber cómo quería llamarlo.
63 Zacarías pidió una tablilla y escribió: Su
nombre es Juan. Y todos se sorprendieron.
64 En ese mismo momento se abrió su boca, se
soltó su lengua, y comenzó a hablar, alabando a
Dios.
65 Todos los vecinos tuvieron temor, y se
hablaba de todas estas cosas por toda la región
montañosa de Judea.

66 Todos los que las oían las guardaban en su
corazón, y decían: ¿Qué llegará a ser este niño?
Porque la mano del Señor estaba con él.
67 Zacarías, su padre, fue lleno del Espíritu
Santo y profetizó, diciendo:
68 Bendito sea el Señor, el Dios de Israel, porque
ha visitado y redimido a su pueblo.
69 Nos ha levantado un poderoso Salvador en la
casa de David, su siervo,
70 como lo había dicho por boca de sus santos
profetas desde tiempos antiguos:
71 salvación de nuestros enemigos y de la mano
de todos los que nos odian.
72 Así muestra misericordia a nuestros padres y
se acuerda de su santo pacto,
73 del juramento que hizo a Abraham, nuestro
padre.
74 Nos concedió que, libres de la mano de
nuestros enemigos, le sirvamos sin temor,
75 en santidad y justicia delante de él todos
nuestros días.
76 Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo,
porque irás delante del Señor para preparar sus
caminos,
77 para dar a su pueblo conocimiento de la
salvación por el perdón de sus pecados,
78 por la profunda misericordia de nuestro
Dios. Por ella nos visitará desde lo alto la luz del
amanecer,
79 para alumbrar a los que viven en tinieblas y
en sombra de muerte, y para guiar nuestros pies
por el camino de la paz.

80 El niño crecía y se fortalecía en espíritu. Vivió
en lugares desiertos hasta el día en que se
presentó ante Israel.

2

1 En aquellos días salió un decreto de César
Augusto para que todo el mundo fuera
empadronado.
2 Este primer censo se hizo cuando Cirenio
gobernaba Siria.
3 Todos iban a registrarse, cada uno a su propia
ciudad.
4 José también subió de Galilea, de la ciudad de
Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, llamada
Belén, porque era de la casa y familia de David.
5 Fue a registrarse con María, su esposa
prometida, quien estaba embarazada.
6 Mientras ellos estaban allí, se cumplió el
tiempo de que ella diera a luz.
7 Dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en
pañales y lo acostó en un pesebre, porque no
había lugar para ellos en el alojamiento.
8 En la misma región había pastores que vivían
en el campo y cuidaban sus rebaños durante la
noche.
9 Un ángel del Señor se les apareció, y la gloria
del Señor los rodeó de luz. Ellos tuvieron mucho
miedo.
10 Pero el ángel les dijo: No tengan miedo,
porque les traigo buenas noticias de gran gozo,
que serán para todo el pueblo.
11 Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un
Salvador, que es Cristo el Señor.

12 Esta será la señal para ustedes: encontrarán a
un niño envuelto en pañales y acostado en un
pesebre.
13 De repente apareció con el ángel una
multitud del ejército celestial, alabando a Dios y
diciendo:
14 Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz
para las personas en quienes él se agrada.
15 Cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo,
los pastores se decían unos a otros: Vamos ahora
a Belén y veamos esto que ha sucedido, y que el
Señor nos ha dado a conocer.
16 Fueron de prisa y encontraron a María, a José
y al niño acostado en el pesebre.
17 Cuando lo vieron, contaron lo que se les
había dicho acerca del niño.
18 Todos los que oyeron se maravillaron de lo
que los pastores les decían.
19 Pero María guardaba todas estas cosas,
meditándolas en su corazón.
20 Los pastores volvieron glorificando y
alabando a Dios por todo lo que habían oído y
visto, tal como se les había dicho.
21 Cuando se cumplieron ocho días para
circuncidar al niño, le pusieron por nombre
Jesús, el nombre que el ángel le había dado antes
de que fuera concebido.
22 Cuando se cumplieron los días de la
purificación según la Ley de Moisés, llevaron al
niño a Jerusalén para presentarlo al Señor,
23 como está escrito en la Ley del Señor: Todo
primer hijo varón será consagrado al Señor.

24 También fueron para ofrecer el sacrificio
según lo dicho en la Ley del Señor: un par de
tórtolas o dos pichones de paloma.
25 En Jerusalén había un hombre llamado
Simeón. Era justo y temeroso de Dios, esperaba la
consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba
sobre él.
26 El Espíritu Santo le había revelado que no
moriría antes de ver al Cristo del Señor.
27 Movido por el Espíritu, Simeón fue al templo.
Cuando los padres trajeron al niño Jesús para
hacer por él conforme a la costumbre de la Ley,
28 Simeón lo tomó en sus brazos, alabó a Dios y
dijo:
29 Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz,
conforme a tu palabra,
30 porque mis ojos han visto tu salvación,
31 la cual has preparado delante de todos los
pueblos:
32 luz para revelación a los gentiles, y gloria de
tu pueblo Israel.
33 José y la madre del niño estaban
maravillados de las cosas que se decían de él.
34 Simeón los bendijo y dijo a María, su madre:
Mira, este niño está puesto para caída y
levantamiento de muchos en Israel, y para señal
que será contradicha.
35 Y a ti misma una espada te atravesará el
alma, para que sean revelados los pensamientos
de muchos corazones.
36 También estaba allí Ana, profetisa, hija de
Fanuel, de la tribu de Aser. Era de edad muy

avanzada. Había vivido con su esposo siete años
desde que se casó,
37 y era viuda de ochenta y cuatro años. No se
apartaba del templo, sino que servía a Dios noche
y día con ayunos y oraciones.
38 Ella se presentó en ese mismo momento y
comenzó a dar gracias a Dios. También hablaba
del niño a todos los que esperaban la redención
de Jerusalén.
39 Después de cumplir todo lo ordenado por la
Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de
Nazaret.
40 El niño crecía y se fortalecía en espíritu.
Estaba lleno de sabiduría, y la gracia de Dios
estaba sobre él.
41 Sus padres iban todos los años a Jerusalén
para la fiesta de la Pascua.
42 Cuando Jesús tenía doce años, subieron a
Jerusalén según la costumbre de la fiesta.
43 Al terminar los días de la fiesta, mientras
ellos regresaban, el niño Jesús se quedó en
Jerusalén, sin que José y su madre lo supieran.
44 Pensando que estaba entre el grupo de
viajeros, caminaron un día. Luego lo buscaron
entre sus parientes y conocidos.
45 Como no lo encontraron, volvieron a
Jerusalén buscándolo.
46 Después de tres días lo encontraron en el
templo, sentado en medio de los maestros,
escuchándolos y haciéndoles preguntas.
47 Todos los que lo oían estaban asombrados de
su entendimiento y de sus respuestas.

48 Cuando sus padres lo vieron, se
sorprendieron. Su madre le dijo: Hijo, ¿por qué
nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo te hemos
estado buscando con angustia.
49 Él les dijo: ¿Por qué me buscaban? ¿No sabían
que debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?
50 Pero ellos no entendieron lo que les dijo.
51 Entonces descendió con ellos y volvió a
Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Su madre
guardaba todas estas cosas en su corazón.
52 Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en
gracia delante de Dios y de los hombres.

3

1 En el año quince del gobierno de Tiberio César,
cuando Poncio Pilato era gobernador de Judea,
Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe
tetrarca de Iturea y Traconite, y Lisanias tetrarca
de Abilinia,
2 siendo Anás y Caifás sumos sacerdotes, vino
palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el
desierto.
3 Juan fue por toda la región alrededor del
Jordán, predicando un bautismo de
arrepentimiento para perdón de pecados,
4 como está escrito en el libro de las palabras
del profeta Isaías: Voz de uno que clama en el
desierto: Preparen el camino del Señor;
enderecen sus sendas.
5 Todo valle será rellenado, y todo monte y
colina será rebajado. Lo torcido será enderezado,
y los caminos ásperos serán allanados.
6 Y toda carne verá la salvación de Dios.

7 Juan decía a la gente que salía para ser
bautizada por él: ¡Hijos de serpientes! ¿Quién les
enseñó a huir de la ira que viene?
8 Produzcan, pues, frutos que muestren
arrepentimiento. No comiencen a decir dentro
de ustedes: Tenemos a Abraham por padre.
Porque les digo que Dios puede levantar hijos de
Abraham aun de estas piedras.
9 El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles.
Todo árbol que no da buen fruto será cortado y
echado al fuego.
10 La gente le preguntaba: Entonces, ¿qué
debemos hacer?
11 Él les respondía: El que tiene dos túnicas,
comparta con el que no tiene; y el que tiene
comida, haga lo mismo.
12 También vinieron unos cobradores de
impuestos para ser bautizados, y le dijeron:
Maestro, ¿qué debemos hacer?
13 Él les dijo: No cobren más de lo que se les ha
ordenado.
14 También unos soldados le preguntaron: Y
nosotros, ¿qué debemos hacer? Él les dijo: No
extorsionen a nadie, ni acusen falsamente a
nadie; y estén contentos con su salario.
15 Como el pueblo estaba esperando, y todos se
preguntaban en su corazón si Juan sería el Cristo,
16 Juan respondió a todos: Yo los bautizo con
agua, pero viene uno más poderoso que yo. No
soy digno de desatar la correa de sus sandalias. Él
los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego.

17 Tiene en su mano la pala para limpiar su
trigo. Juntará el trigo en su granero, pero
quemará la paja en un fuego que nunca se apaga.
18 Con estas y muchas otras exhortaciones,
Juan anunciaba las buenas noticias al pueblo.
19 Pero Herodes el tetrarca fue reprendido por
Juan a causa de Herodías, la esposa de su
hermano, y por todas las maldades que Herodes
había hecho.
20 A todas ellas añadió esta: encerró a Juan en la
cárcel.
21 Sucedió que, cuando todo el pueblo era
bautizado, Jesús también fue bautizado. Mientras
oraba, el cielo se abrió,
22 y el Espíritu Santo descendió sobre él en
forma corporal, como paloma. Y vino una voz del
cielo: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo
complacencia.
23 Jesús tenía como treinta años cuando
comenzó su ministerio. Era, según se creía, hijo
de José, hijo de Elí,
24 hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melqui,
hijo de Jana, hijo de José,
25 hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de
Nahum, hijo de Esli, hijo de Nagai,
26 hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Semei,
hijo de José, hijo de Judá,
27 hijo de Joana, hijo de Resa, hijo de Zorobabel,
hijo de Salatiel, hijo de Neri,
28 hijo de Melqui, hijo de Adi, hijo de Cosam,
hijo de Elmodam, hijo de Er,
29 hijo de Josué, hijo de Eliezer, hijo de Jorim,
hijo de Matat, hijo de Leví,

30 hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo
de Jonán, hijo de Eliaquim,
31 hijo de Melea, hijo de Mainán, hijo de Matata,
hijo de Natán, hijo de David,
32 hijo de Isaí, hijo de Obed, hijo de Booz, hijo
de Salmón, hijo de Naasón,
33 hijo de Aminadab, hijo de Aram, hijo de
Esrom, hijo de Fares, hijo de Judá,
34 hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham,
hijo de Taré, hijo de Nacor,
35 hijo de Serug, hijo de Ragau, hijo de Peleg,
hijo de Heber, hijo de Sala,
36 hijo de Cainán, hijo de Arfaxad, hijo de Sem,
hijo de Noé, hijo de Lamec,
37 hijo de Matusalén, hijo de Enoc, hijo de Jared,
hijo de Mahalaleel, hijo de Cainán,
38 hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de
Dios.

4

1 Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del
Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto,
2 donde fue tentado por el diablo durante
cuarenta días. No comió nada en esos días, y
cuando terminaron, tuvo hambre.
3 Entonces el diablo le dijo: Si eres Hijo de Dios,
manda a esta piedra que se convierta en pan.
4 Jesús le respondió: Está escrito: No solo de pan
vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios.
5 Luego el diablo lo llevó a un lugar alto y le
mostró en un momento todos los reinos del
mundo.

6 El diablo le dijo: Te daré toda esta autoridad y
la gloria de estos reinos, porque a mí me ha sido
entregada, y se la doy a quien quiero.
7 Por tanto, si te postras delante de mí y me
adoras, todo será tuyo.
8 Jesús le respondió: Apártate de mí, Satanás.
Está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, y solo a él
servirás.
9 Entonces lo llevó a Jerusalén, lo puso en la
parte más alta del templo y le dijo: Si eres Hijo de
Dios, tírate de aquí abajo,
10 porque está escrito: A sus ángeles mandará
acerca de ti, para que te guarden;
11 y en sus manos te llevarán, para que tu pie no
tropiece con una piedra.
12 Jesús le respondió: También está dicho: No
pondrás a prueba al Señor tu Dios.
13 Cuando el diablo terminó toda tentación, se
apartó de él por un tiempo.
14 Jesús volvió a Galilea en el poder del Espíritu,
y su fama se extendió por toda la región.
15 Enseñaba en las sinagogas de ellos, y todos lo
alababan.
16 Jesús fue a Nazaret, donde se había criado.
Conforme a su costumbre, entró en la sinagoga el
día de reposo y se levantó para leer.
17 Le dieron el libro del profeta Isaías. Al abrir
el libro, encontró el lugar donde estaba escrito:
18 El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me
ha ungido para anunciar buenas noticias a los
pobres. Me ha enviado a sanar a los
quebrantados de corazón, a proclamar libertad a

los cautivos, vista a los ciegos, y a poner en
libertad a los oprimidos;
19 a proclamar el año favorable del Señor.
20 Cerró el libro, se lo devolvió al ayudante y se
sentó. Los ojos de todos en la sinagoga estaban
fijos en él.
21 Entonces comenzó a decirles: Hoy se ha
cumplido esta Escritura delante de ustedes.
22 Todos daban buen testimonio de él y estaban
maravillados de las palabras de gracia que salían
de su boca. Decían: ¿No es este el hijo de José?
23 Jesús les dijo: Sin duda me dirán este refrán:
Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído
que hiciste en Capernaúm, hazlo también aquí en
tu tierra.
24 Y dijo: De cierto les digo que ningún profeta
es bien recibido en su propia tierra.
25 Pero les digo la verdad: había muchas viudas
en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue
cerrado por tres años y seis meses, y hubo una
gran hambre en toda la tierra.
26 Pero Elías no fue enviado a ninguna de ellas,
sino a una viuda en Sarepta, en la región de Sidón.
27 También había muchos leprosos en Israel en
tiempos del profeta Eliseo, pero ninguno de ellos
fue limpiado, sino Naamán el sirio.
28 Todos en la sinagoga se llenaron de enojo al
oír estas cosas.
29 Se levantaron, lo echaron fuera de la ciudad
y lo llevaron hasta la cumbre del monte sobre el
cual estaba edificada su ciudad, para despeñarlo.
30 Pero él pasó por en medio de ellos y siguió su
camino.

31 Jesús descendió a Capernaúm, ciudad de
Galilea, y les enseñaba en los días de reposo.
32 Se asombraban de su enseñanza, porque su
palabra tenía autoridad.
33 En la sinagoga había un hombre que tenía un
espíritu de demonio inmundo. Este gritó a gran
voz:
34 ¡Déjanos! ¿Qué tienes que ver con nosotros,
Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Yo
sé quién eres: el Santo de Dios.
35 Jesús lo reprendió, diciendo: Cállate y sal de
él. Entonces el demonio derribó al hombre en
medio de ellos y salió de él sin hacerle daño.
36 Todos quedaron asombrados y se decían
unos a otros: ¿Qué palabra es esta? Con autoridad
y poder manda a los espíritus inmundos, y salen.
37 Y su fama se extendía por todos los lugares
de la región.
38 Jesús se levantó, salió de la sinagoga y entró
en la casa de Simón. La suegra de Simón tenía una
fiebre muy alta, y le rogaron por ella.
39 Él se inclinó sobre ella y reprendió la fiebre;
y la fiebre la dejó. Al instante ella se levantó y
comenzó a servirles.
40 Al ponerse el sol, todos los que tenían
enfermos de diversas enfermedades los trajeron
a Jesús. Él puso las manos sobre cada uno de ellos
y los sanó.
41 También salían demonios de muchos,
gritando y diciendo: Tú eres el Cristo, el Hijo de
Dios. Pero él los reprendía y no los dejaba hablar,
porque sabían que él era el Cristo.

42 Cuando se hizo de día, Jesús salió y fue a un
lugar desierto. La gente lo buscaba, llegó hasta
donde él estaba y quería detenerlo para que no se
fuera de ellos.
43 Pero él les dijo: También debo anunciar las
buenas noticias del reino de Dios en otras
ciudades, porque para esto he sido enviado.
44 Y predicaba en las sinagogas de Galilea.

5

1 Sucedió que la gente se agolpaba alrededor de
Jesús para oír la palabra de Dios, mientras él
estaba junto al lago de Genesaret.
2 Vio dos barcas junto a la orilla del lago. Los
pescadores habían bajado de ellas y lavaban sus
redes.
3 Jesús subió a una de las barcas, que era de
Simón, y le pidió que la apartara un poco de la
orilla. Luego se sentó y enseñaba a la gente desde
la barca.
4 Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Lleva
la barca a aguas profundas, y echen sus redes
para pescar.
5 Simón le respondió: Maestro, trabajamos toda
la noche y no pescamos nada; pero por tu
palabra echaré la red.
6 Cuando lo hicieron, encerraron una gran
cantidad de peces, y sus redes se rompían.
7 Entonces hicieron señas a sus compañeros de
la otra barca para que vinieran a ayudarlos. Ellos
vinieron, y llenaron tanto las dos barcas que
comenzaban a hundirse.

8 Al ver esto, Simón Pedro cayó de rodillas ante
Jesús y dijo: Apártate de mí, Señor, porque soy un
hombre pecador.
9 Porque él y todos los que estaban con él
quedaron asombrados por la pesca que habían
hecho.
10 También estaban asombrados Jacobo y Juan,
hijos de Zebedeo, compañeros de Simón. Pero
Jesús dijo a Simón: No tengas miedo. Desde ahora
pescarás hombres.
11 Cuando llevaron las barcas a tierra, lo
dejaron todo y siguieron a Jesús.
12 Sucedió que Jesús estaba en una de las
ciudades, y allí había un hombre lleno de lepra.
Al ver a Jesús, se postró rostro en tierra y le rogó:
Señor, si quieres, puedes limpiarme.
13 Jesús extendió la mano, lo tocó y dijo: Quiero.
Sé limpio. Al instante la lepra se fue de él.
14 Jesús le mandó que no se lo dijera a nadie,
sino que fuera y se mostrara al sacerdote, y
ofreciera por su limpieza lo que Moisés mandó,
para que les sirviera de testimonio.
15 Pero la fama de Jesús se extendía cada vez
más, y grandes multitudes se reunían para oírlo y
para ser sanadas de sus enfermedades.
16 Pero él se retiraba a lugares desiertos para
orar.
17 Un día, mientras Jesús enseñaba, estaban
sentados allí unos fariseos y maestros de la Ley,
que habían venido de todas las aldeas de Galilea y
Judea, y de Jerusalén. El poder del Señor estaba
con él para sanar.

18 Entonces unos hombres trajeron en una
camilla a un paralítico. Procuraban meterlo y
ponerlo delante de Jesús.
19 Pero como no hallaron por dónde meterlo
por causa de la multitud, subieron al techo y lo
bajaron con la camilla entre las tejas, hasta
ponerlo en medio, delante de Jesús.
20 Al ver la fe de ellos, Jesús le dijo: Hombre, tus
pecados te son perdonados.
21 Los escribas y los fariseos comenzaron a
razonar, diciendo: ¿Quién es este que habla
blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino
solo Dios?
22 Pero Jesús, conociendo sus pensamientos, les
respondió: ¿Por qué razonan así en sus
corazones?
23 ¿Qué es más fácil decir: Tus pecados te son
perdonados, o decir: Levántate y camina?
24 Pues para que sepan que el Hijo del Hombre
tiene autoridad en la tierra para perdonar
pecados, dijo al paralítico: A ti te digo: Levántate,
toma tu camilla y vete a tu casa.
25 Al instante, el hombre se levantó delante de
ellos, tomó aquello en que estaba acostado y se
fue a su casa glorificando a Dios.
26 Todos quedaron asombrados y glorificaban a
Dios. Llenos de temor, decían: Hoy hemos visto
cosas maravillosas.
27 Después de esto, Jesús salió y vio a un
cobrador de impuestos llamado Leví, sentado en
el lugar donde se cobraban los impuestos. Le
dijo: Sígueme.
28 Leví lo dejó todo, se levantó y lo siguió.

29 Luego Leví hizo un gran banquete para Jesús
en su casa. Había muchos cobradores de
impuestos y otros que estaban sentados a la mesa
con ellos.
30 Pero los escribas y fariseos murmuraban
contra los discípulos de Jesús, diciendo: ¿Por qué
comen y beben con cobradores de impuestos y
pecadores?
31 Jesús les respondió: Los sanos no necesitan
médico, sino los enfermos.
32 No he venido a llamar a justos, sino a
pecadores al arrepentimiento.
33 Ellos le dijeron: Los discípulos de Juan
ayunan muchas veces y hacen oraciones, y
también los de los fariseos; pero los tuyos comen
y beben.
34 Jesús les dijo: ¿Pueden hacer que los amigos
del novio ayunen mientras el novio está con
ellos?
35 Pero vendrán días cuando el novio les será
quitado. Entonces, en aquellos días, ayunarán.
36 También les contó una parábola: Nadie corta
un pedazo de un vestido nuevo para remendar
un vestido viejo. Si lo hace, rompe el nuevo, y el
remiendo del nuevo no queda bien con el viejo.
37 Nadie echa vino nuevo en odres viejos. Si lo
hace, el vino nuevo rompe los odres, el vino se
derrama y los odres se pierden.
38 Más bien, el vino nuevo debe ponerse en
odres nuevos, y así ambos se conservan.
39 Y nadie que bebe vino añejo desea luego el
nuevo, porque dice: El añejo es mejor.

6

1 Un día de reposo, Jesús pasaba por los
sembrados. Sus discípulos arrancaban espigas, las
restregaban con las manos y comían.
2 Algunos de los fariseos les dijeron: ¿Por qué
hacen lo que no está permitido hacer en el día de
reposo?
3 Jesús les respondió: ¿No han leído lo que hizo
David cuando él y los que estaban con él tuvieron
hambre?
4 Entró en la casa de Dios, tomó los panes
sagrados, comió de ellos y dio también a los que
estaban con él; aunque solo a los sacerdotes les
estaba permitido comerlos.
5 Y les dijo: El Hijo del Hombre es Señor aun del
día de reposo.
6 Otro día de reposo, Jesús entró en la sinagoga
y enseñaba. Allí había un hombre que tenía seca
la mano derecha.
7 Los escribas y los fariseos lo vigilaban para
ver si sanaría en el día de reposo, a fin de
encontrar de qué acusarlo.
8 Pero Jesús conocía sus pensamientos, y dijo al
hombre que tenía la mano seca: Levántate y
ponte en medio. Él se levantó y se puso de pie.
9 Entonces Jesús les dijo: Les haré una
pregunta: ¿Está permitido en el día de reposo
hacer el bien o hacer el mal? ¿Salvar una vida o
destruirla?
10 Después de mirarlos a todos alrededor, dijo al
hombre: Extiende tu mano. Él lo hizo, y su mano
quedó sana.

11 Pero ellos se llenaron de ira, y hablaban
entre sí sobre qué podrían hacerle a Jesús.
12 En aquellos días, Jesús salió al monte a orar, y
pasó toda la noche en oración a Dios.
13 Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y
escogió a doce de ellos, a quienes también llamó
apóstoles:
14 Simón, a quien llamó Pedro, y Andrés, su
hermano; Jacobo y Juan; Felipe y Bartolomé;
15 Mateo y Tomás; Jacobo, hijo de Alfeo; Simón,
llamado el Zelote;
16 Judas, hijo de Jacobo; y Judas Iscariote, quien
llegó a ser el traidor.
17 Jesús bajó con ellos y se detuvo en un lugar
llano. Allí estaba una gran multitud de sus
discípulos, y mucha gente de toda Judea, de
Jerusalén, y de la costa de Tiro y Sidón. Habían
venido para oírlo y para ser sanados de sus
enfermedades.
18 También los que eran atormentados por
espíritus inmundos eran sanados.
19 Toda la gente procuraba tocarlo, porque de él
salía poder y sanaba a todos.
20 Entonces Jesús alzó los ojos hacia sus
discípulos y dijo: Dichosos ustedes los pobres,
porque de ustedes es el reino de Dios.
21 Dichosos ustedes los que ahora tienen
hambre, porque serán saciados. Dichosos ustedes
los que ahora lloran, porque reirán.
22 Dichosos serán ustedes cuando la gente los
odie, los aparte, los insulte y rechace su nombre
como malo, por causa del Hijo del Hombre.

23 Alégrense en aquel día y salten de gozo,
porque grande es su recompensa en el cielo. Así
hicieron también sus padres con los profetas.
24 Pero ¡ay de ustedes los ricos!, porque ya han
recibido su consuelo.
25 ¡Ay de ustedes los que ahora están saciados!,
porque tendrán hambre. ¡Ay de ustedes los que
ahora ríen!, porque llorarán y se lamentarán.
26 ¡Ay de ustedes cuando toda la gente hable
bien de ustedes!, porque así hicieron sus padres
con los falsos profetas.
27 Pero a ustedes que oyen, les digo: Amen a sus
enemigos; hagan bien a los que los odian.
28 Bendigan a los que los maldicen, y oren por
los que los maltratan.
29 Al que te golpee en una mejilla, preséntale
también la otra; y al que te quite el manto, no le
niegues tampoco la túnica.
30 Da a todo el que te pida; y al que tome lo que
es tuyo, no se lo reclames.
31 Traten a los demás como quieren que ellos
los traten a ustedes.
32 Si aman a los que los aman, ¿qué mérito
tienen? Porque también los pecadores aman a los
que los aman.
33 Y si hacen bien a los que les hacen bien, ¿qué
mérito tienen? También los pecadores hacen lo
mismo.
34 Y si prestan a aquellos de quienes esperan
recibir algo, ¿qué mérito tienen? También los
pecadores prestan a pecadores para recibir otro
tanto.

35 Más bien, amen a sus enemigos, hagan bien y
presten sin esperar nada a cambio. Entonces su
recompensa será grande, y serán hijos del
Altísimo, porque él es bueno con los ingratos y
malos.
36 Sean misericordiosos, como también su
Padre es misericordioso.
37 No juzguen, y no serán juzgados. No
condenen, y no serán condenados. Perdonen, y
serán perdonados.
38 Den, y se les dará: una medida buena,
apretada, remecida y rebosante será puesta en su
regazo. Porque con la medida con que ustedes
midan, se les medirá.
39 También les dijo una parábola: ¿Puede un
ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el
hoyo?
40 El discípulo no es más que su maestro; pero
todo el que haya sido bien preparado será como
su maestro.
41 ¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu
hermano, y no notas la viga que está en tu propio
ojo?
42 ¿Cómo puedes decir a tu hermano: Hermano,
déjame sacar la paja que está en tu ojo, cuando tú
mismo no ves la viga que está en tu propio ojo?
Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo;
entonces verás bien para sacar la paja que está
en el ojo de tu hermano.
43 No hay árbol bueno que dé fruto malo, ni
árbol malo que dé fruto bueno.

44 Porque cada árbol se conoce por su fruto. No
se recogen higos de los espinos, ni uvas de las
zarzas.
45 La persona buena saca lo bueno del buen
tesoro de su corazón; y la persona mala saca lo
malo del mal tesoro de su corazón. Porque de lo
que abunda en el corazón habla la boca.
46 ¿Por qué me llaman: Señor, Señor, y no hacen
lo que digo?
47 Todo el que viene a mí, oye mis palabras y las
pone en práctica, les mostraré a quién se parece.
48 Se parece a un hombre que, al construir una
casa, cavó profundo y puso el cimiento sobre la
roca. Cuando vino una creciente, el río golpeó
con fuerza contra aquella casa, pero no pudo
moverla, porque estaba fundada sobre la roca.
49 Pero el que oye mis palabras y no las pone en
práctica se parece a un hombre que construyó
una casa sobre la tierra, sin cimiento. Cuando el
río golpeó con fuerza contra ella, enseguida cayó;
y fue grande la destrucción de aquella casa.

7

1 Cuando Jesús terminó de decir todas estas
palabras al pueblo que lo escuchaba, entró en
Capernaúm.
2 Un centurión tenía un siervo a quien quería
mucho. Este siervo estaba enfermo y a punto de
morir.
3 Cuando el centurión oyó hablar de Jesús, le
envió unos ancianos de los judíos, rogándole que
viniera y sanara a su siervo.

4 Ellos llegaron a Jesús y le rogaron con
insistencia, diciendo: Él merece que le concedas
esto,
5 porque ama a nuestra nación, y él mismo nos
construyó la sinagoga.
6 Jesús fue con ellos. Cuando ya no estaba lejos
de la casa, el centurión le envió unos amigos,
diciendo: Señor, no te molestes, porque no soy
digno de que entres bajo mi techo.
7 Por eso tampoco me consideré digno de ir a ti.
Pero di la palabra, y mi siervo será sanado.
8 Porque yo también soy un hombre puesto
bajo autoridad, y tengo soldados bajo mi mando.
Le digo a uno: Ve, y va; a otro: Ven, y viene; y a mi
siervo: Haz esto, y lo hace.
9 Al oír esto, Jesús se maravilló de él. Se volvió
hacia la multitud que lo seguía y dijo: Les digo
que ni aun en Israel he encontrado tanta fe.
10 Cuando los enviados volvieron a la casa,
encontraron sano al siervo que había estado
enfermo.
11 Poco después, Jesús fue a una ciudad llamada
Naín. Sus discípulos iban con él, y también mucha
gente.
12 Cuando se acercó a la puerta de la ciudad,
llevaban a enterrar a un muerto, hijo único de su
madre, que era viuda. Mucha gente de la ciudad
iba con ella.
13 Al verla, el Señor tuvo compasión de ella y le
dijo: No llores.
14 Luego se acercó y tocó la camilla. Los que la
llevaban se detuvieron. Entonces Jesús dijo:
Joven, a ti te digo: levántate.

15 El muerto se sentó y comenzó a hablar. Y
Jesús se lo entregó a su madre.
16 Todos tuvieron temor y glorificaban a Dios,
diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre
nosotros; y: Dios ha visitado a su pueblo.
17 Esta noticia acerca de Jesús se extendió por
toda Judea y por toda la región cercana.
18 Los discípulos de Juan le contaron todas estas
cosas.
19 Entonces Juan llamó a dos de sus discípulos y
los envió a Jesús para preguntarle: ¿Eres tú el que
ha de venir, o debemos esperar a otro?
20 Cuando aquellos hombres llegaron a Jesús, le
dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti, para
preguntarte: ¿Eres tú el que ha de venir, o
debemos esperar a otro?
21 En esa misma hora, Jesús sanó a muchos de
enfermedades, dolencias y espíritus malos; y a
muchos ciegos les dio la vista.
22 Entonces Jesús les respondió: Vayan y
cuenten a Juan lo que han visto y oído: los ciegos
ven, los cojos caminan, los leprosos quedan
limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y
a los pobres se les anuncian las buenas noticias.
23 Dichoso el que no tropieza por causa de mí.
24 Cuando los mensajeros de Juan se fueron,
Jesús comenzó a hablar a la gente acerca de Juan:
¿Qué salieron a ver al desierto? ¿Una caña
sacudida por el viento?
25 Entonces, ¿qué salieron a ver? ¿A un hombre
vestido con ropa fina? Los que usan ropa lujosa y
viven con placeres están en los palacios de los
reyes.

26 Pero ¿qué salieron a ver? ¿A un profeta? Sí,
les digo, y más que profeta.
27 Este es aquel de quien está escrito: Mira,
envío mi mensajero delante de ti, quien
preparará tu camino delante de ti.
28 Les digo que, entre los nacidos de mujer, no
hay ningún profeta mayor que Juan el Bautista.
Sin embargo, el más pequeño en el reino de Dios
es mayor que él.
29 Todo el pueblo que lo oyó, incluso los
cobradores de impuestos, reconocieron que Dios
es justo, y fueron bautizados con el bautismo de
Juan.
30 Pero los fariseos y los intérpretes de la Ley
rechazaron el propósito de Dios para ellos, y no
fueron bautizados por Juan.
31 Entonces el Señor dijo: ¿A qué compararé a la
gente de esta generación? ¿A qué se parecen?
32 Se parecen a niños sentados en la plaza, que
se gritan unos a otros: Les tocamos flauta, y no
bailaron; les cantamos canciones de duelo, y no
lloraron.
33 Porque vino Juan el Bautista, que no comía
pan ni bebía vino, y ustedes dicen: Tiene
demonio.
34 Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y
ustedes dicen: Miren, un glotón y bebedor de
vino, amigo de cobradores de impuestos y
pecadores.
35 Pero la sabiduría queda demostrada por
todos sus hijos.

36 Uno de los fariseos le rogó a Jesús que
comiera con él. Jesús entró en la casa del fariseo y
se sentó a la mesa.
37 Había en la ciudad una mujer pecadora.
Cuando supo que Jesús estaba comiendo en casa
del fariseo, llevó un frasco de alabastro con
perfume.
38 Se puso detrás de él, junto a sus pies,
llorando. Comenzó a mojarle los pies con sus
lágrimas, los secaba con sus cabellos, besaba sus
pies y los ungía con el perfume.
39 Al ver esto, el fariseo que lo había invitado
dijo dentro de sí: Si este hombre fuera profeta,
sabría quién y qué clase de mujer es la que lo
toca, porque es pecadora.
40 Jesús le respondió: Simón, tengo algo que
decirte. Él dijo: Maestro, di.
41 Jesús dijo: Un prestamista tenía dos
deudores. Uno le debía quinientos denarios, y el
otro cincuenta.
42 Como ninguno de los dos podía pagar, les
perdonó la deuda a ambos. Entonces, ¿cuál de
ellos lo amará más?
43 Simón respondió: Pienso que aquel a quien le
perdonó más. Jesús le dijo: Has juzgado bien.
44 Volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves
a esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua
para mis pies; pero ella ha mojado mis pies con
sus lágrimas y los ha secado con sus cabellos.
45 Tú no me diste beso; pero ella, desde que
entré, no ha dejado de besar mis pies.
46 Tú no ungiste mi cabeza con aceite; pero ella
ha ungido mis pies con perfume.

47 Por eso te digo: sus muchos pecados han sido
perdonados, pues ha amado mucho. Pero aquel a
quien poco se le perdona, poco ama.
48 Entonces dijo a la mujer: Tus pecados te son
perdonados.
49 Los que estaban sentados a la mesa con él
comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es este, que
también perdona pecados?
50 Pero Jesús dijo a la mujer: Tu fe te ha
salvado. Ve en paz.

8

1 Después de esto, Jesús iba por ciudades y
aldeas, predicando y anunciando las buenas
noticias del reino de Dios. Los doce iban con él,
2 y también algunas mujeres que habían sido
sanadas de espíritus malos y enfermedades:
María, llamada Magdalena, de quien habían
salido siete demonios;
3 Juana, esposa de Chuza, administrador de
Herodes; Susana; y muchas otras, que ayudaban
a Jesús y a sus discípulos con sus propios bienes.
4 Como se reunió una gran multitud, y la gente
venía a Jesús de cada ciudad, les habló por medio
de una parábola:
5 El sembrador salió a sembrar su semilla.
Mientras sembraba, una parte cayó junto al
camino; fue pisoteada, y las aves del cielo se la
comieron.
6 Otra parte cayó sobre la roca; y cuando brotó,
se secó porque no tenía humedad.
7 Otra parte cayó entre espinos; y los espinos
crecieron junto con ella y la ahogaron.

8 Pero otra parte cayó en buena tierra; brotó y
dio fruto, cien veces más. Al decir esto, Jesús
clamó: El que tiene oídos para oír, que oiga.
9 Sus discípulos le preguntaron qué significaba
esta parábola.
10 Él les dijo: A ustedes se les ha dado conocer
los secretos del reino de Dios; pero a los demás se
les habla por parábolas, para que viendo no vean,
y oyendo no entiendan.
11 Esta es la parábola: La semilla es la palabra
de Dios.
12 Los de junto al camino son los que oyen;
luego viene el diablo y quita la palabra de sus
corazones, para que no crean y sean salvos.
13 Los de sobre la roca son los que, al oír,
reciben la palabra con alegría; pero no tienen
raíz. Creen por algún tiempo, pero en el tiempo
de la prueba se apartan.
14 La semilla que cayó entre espinos representa
a los que oyen, pero al seguir su camino son
ahogados por las preocupaciones, las riquezas y
los placeres de la vida, y no dan fruto maduro.
15 Pero la semilla en buena tierra representa a
los que, con corazón bueno y recto, oyen la
palabra, la retienen y dan fruto con
perseverancia.
16 Nadie enciende una lámpara y la cubre con
una vasija, ni la pone debajo de una cama, sino
que la pone sobre un candelero, para que los que
entran vean la luz.
17 Porque no hay nada oculto que no vaya a ser
manifestado, ni nada escondido que no vaya a
ser conocido y salir a la luz.

18 Por eso, tengan cuidado de cómo oyen.
Porque al que tiene, se le dará más; pero al que
no tiene, aun lo que cree tener le será quitado.
19 Entonces vinieron a Jesús su madre y sus
hermanos, pero no podían acercarse a él por
causa de la multitud.
20 Le avisaron: Tu madre y tus hermanos están
afuera, y quieren verte.
21 Pero él les respondió: Mi madre y mis
hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la
hacen.
22 Un día, Jesús subió a una barca con sus
discípulos y les dijo: Pasemos al otro lado del lago.
Y partieron.
23 Mientras navegaban, Jesús se durmió.
Entonces cayó una tormenta de viento sobre el
lago; la barca se llenaba de agua, y estaban en
peligro.
24 Los discípulos se acercaron, lo despertaron y
dijeron: ¡Maestro, Maestro, nos hundimos!
Entonces él se levantó, reprendió al viento y a las
olas; y cesaron, y hubo calma.
25 Luego les dijo: ¿Dónde está su fe? Ellos, con
temor y asombro, se decían unos a otros: ¿Quién
es este, que aun manda a los vientos y al agua, y
le obedecen?
26 Llegaron a la región de los gadarenos, que
está frente a Galilea.
27 Cuando Jesús bajó a tierra, vino a su
encuentro un hombre de la ciudad que tenía
demonios. Desde hacía mucho tiempo no usaba
ropa, ni vivía en casa, sino entre los sepulcros.

28 Al ver a Jesús, gritó, cayó delante de él y dijo a
gran voz: ¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús, Hijo
del Dios Altísimo? Te ruego que no me
atormentes.
29 Porque Jesús estaba mandando al espíritu
inmundo que saliera del hombre. Muchas veces
el espíritu se había apoderado de él; y aunque lo
ataban con cadenas y grillos para guardarlo, él
rompía las cadenas, y el demonio lo llevaba a
lugares desiertos.
30 Jesús le preguntó: ¿Cómo te llamas? Él dijo:
Legión, porque muchos demonios habían entrado
en él.
31 Y le rogaban que no les mandara ir al abismo.
32 Había allí una gran manada de cerdos
comiendo en el monte. Los demonios le rogaron
que les permitiera entrar en ellos, y Jesús se lo
permitió.
33 Entonces los demonios salieron del hombre y
entraron en los cerdos; y la manada se lanzó por
el despeñadero al lago y se ahogó.
34 Cuando los que cuidaban los cerdos vieron lo
que había pasado, huyeron y lo contaron en la
ciudad y en los campos.
35 Entonces la gente salió a ver lo que había
sucedido. Vinieron a Jesús y encontraron al
hombre de quien habían salido los demonios,
sentado a los pies de Jesús, vestido y en su sano
juicio. Y tuvieron miedo.
36 Los que lo habían visto les contaron cómo
había sido sanado el endemoniado.
37 Entonces toda la gente de la región de los
gadarenos le rogó a Jesús que se fuera de ellos,

porque tenían mucho miedo. Él subió a la barca y regresó.

38 El hombre de quien habían salido los demonios le rogaba que le permitiera quedarse con él. Pero Jesús lo despidió, diciendo:

39 Vuelve a tu casa y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios por ti. Entonces él se fue, anunciando por toda la ciudad las grandes cosas que Jesús había hecho por él.

40 Cuando Jesús regresó, la gente lo recibió con alegría, porque todos lo estaban esperando.

41 Entonces vino un hombre llamado Jairo, que era jefe de la sinagoga. Cayó a los pies de Jesús y le rogó que fuera a su casa,

42 porque tenía una hija única, de unos doce años, que se estaba muriendo. Mientras Jesús iba, la gente lo apretaba.

43 Había una mujer que padecía de flujo de sangre desde hacía doce años. Había gastado todo lo que tenía en médicos, pero nadie había podido sanarla.

44 Ella se acercó por detrás y tocó el borde de su manto. Al instante se detuvo el flujo de su sangre.

45 Jesús dijo: ¿Quién me tocó? Como todos lo negaban, Pedro y los que estaban con él dijeron: Maestro, la gente te aprieta y te empuja, ¿y preguntas quién te tocó?

46 Pero Jesús dijo: Alguien me tocó, porque yo sé que poder salió de mí.

47 Cuando la mujer vio que no podía esconderse, vino temblando, se postró delante de él y declaró delante de todo el pueblo por qué lo

había tocado, y cómo había sido sanada al instante.
48 Jesús le dijo: Hija, tu fe te ha sanado. Ve en paz.
49 Mientras Jesús todavía hablaba, vino uno de la casa del jefe de la sinagoga y dijo: Tu hija ha muerto. No molestes más al Maestro.
50 Pero Jesús, al oírlo, le respondió: No temas; solo cree, y ella será salva.
51 Al llegar a la casa, no dejó entrar a nadie con él, sino a Pedro, Jacobo y Juan, y al padre y la madre de la niña.
52 Todos lloraban y se lamentaban por ella. Pero Jesús dijo: No lloren; no está muerta, sino dormida.
53 Ellos se burlaban de él, porque sabían que estaba muerta.
54 Pero Jesús la tomó de la mano y dijo: Niña, levántate.
55 Entonces su espíritu volvió, y ella se levantó al instante. Y Jesús mandó que le dieran de comer.
56 Sus padres quedaron asombrados, pero él les mandó que no dijeran a nadie lo que había pasado.

9

1 Jesús reunió a los doce y les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades.
2 Los envió a predicar el reino de Dios y a sanar a los enfermos.
3 Les dijo: No lleven nada para el camino: ni bastón, ni bolsa, ni pan, ni dinero, ni dos túnicas.

4 En cualquier casa donde entren, quédense allí
hasta que salgan de ese lugar.
5 Y si en algún lugar no los reciben, salgan de
esa ciudad y sacudan el polvo de sus pies como
testimonio contra ellos.
6 Ellos salieron y recorrieron las aldeas,
anunciando las buenas noticias y sanando por
todas partes.
7 Herodes el tetrarca oyó de todas las cosas que
hacía Jesús, y estaba confundido, porque algunos
decían que Juan había resucitado de entre los
muertos.
8 Otros decían que Elías había aparecido, y otros
que algún profeta de los antiguos había
resucitado.
9 Herodes dijo: A Juan yo lo mandé decapitar.
Entonces, ¿quién es este de quien oigo tales cosas?
Y procuraba verlo.
10 Cuando los apóstoles volvieron, le contaron a
Jesús todo lo que habían hecho. Él los tomó
consigo y se retiró aparte, a un lugar desierto
cerca de una ciudad llamada Betsaida.
11 Pero la gente lo supo y lo siguió. Jesús los
recibió, les hablaba del reino de Dios y sanaba a
los que necesitaban ser sanados.
12 Cuando el día comenzaba a terminar, los doce
se acercaron y le dijeron: Despide a la gente, para
que vayan a las aldeas y campos de alrededor,
encuentren alojamiento y consigan comida,
porque aquí estamos en un lugar desierto.
13 Pero Jesús les dijo: Denles ustedes de comer.
Ellos dijeron: No tenemos más que cinco panes y

dos pescados, a menos que vayamos nosotros a
comprar comida para toda esta gente.

14 Porque eran como cinco mil hombres.
Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Hagan que se
sienten en grupos de unos cincuenta.

15 Así lo hicieron, y todos se sentaron.

16 Jesús tomó los cinco panes y los dos pescados,
levantó los ojos al cielo, los bendijo, los partió y
los dio a sus discípulos para que los pusieran
delante de la gente.

17 Todos comieron y quedaron satisfechos. Y
recogieron lo que sobró: doce canastas llenas de
pedazos.

18 Sucedió que Jesús estaba orando aparte, y
sus discípulos estaban con él. Entonces les
preguntó: ¿Quién dice la gente que soy yo?

19 Ellos respondieron: Unos dicen que Juan el
Bautista; otros, que Elías; y otros, que algún
profeta de los antiguos ha resucitado.

20 Él les dijo: Y ustedes, ¿quién dicen que soy?
Pedro respondió: El Cristo de Dios.

21 Pero Jesús les mandó con firmeza que no
dijeran esto a nadie.

22 Les dijo: Es necesario que el Hijo del Hombre
sufra mucho, sea rechazado por los ancianos, los
principales sacerdotes y los escribas, sea muerto
y resucite al tercer día.

23 Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos
de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día
y sígame.

24 Porque el que quiera salvar su vida la
perderá; pero el que pierda su vida por causa de
mí, la salvará.
25 ¿De qué le sirve a una persona ganar todo el
mundo, si se pierde o se destruye a sí misma?
26 Porque el que se avergüence de mí y de mis
palabras, de él se avergonzará el Hijo del Hombre
cuando venga en su gloria, y en la gloria del
Padre y de los santos ángeles.
27 Pero de cierto les digo que algunos de los que
están aquí no probarán la muerte hasta que vean
el reino de Dios.
28 Como ocho días después de decir estas
palabras, Jesús tomó consigo a Pedro, Juan y
Jacobo, y subió al monte a orar.
29 Mientras oraba, la apariencia de su rostro
cambió, y su ropa se volvió blanca y
resplandeciente.
30 Y dos hombres hablaban con él: Moisés y
Elías,
31 quienes aparecieron en gloria y hablaban de
su partida, que él iba a cumplir en Jerusalén.
32 Pedro y los que estaban con él estaban
cargados de sueño; pero al despertar bien, vieron
la gloria de Jesús y a los dos hombres que estaban
con él.
33 Cuando ellos se apartaban de Jesús, Pedro le
dijo: Maestro, bueno es que estemos aquí.
Hagamos tres enramadas: una para ti, una para
Moisés y otra para Elías. Pero no sabía lo que
decía.
34 Mientras decía esto, vino una nube y los
cubrió. Ellos tuvieron miedo al entrar en la nube.

35 Entonces vino una voz desde la nube, que
decía: Este es mi Hijo amado. Escúchenlo.
36 Cuando pasó la voz, Jesús quedó solo. Ellos
guardaron silencio, y en aquellos días no
contaron a nadie nada de lo que habían visto.
37 Al día siguiente, cuando bajaron del monte,
una gran multitud salió al encuentro de Jesús.
38 Entonces un hombre de la multitud clamó:
Maestro, te ruego que mires a mi hijo, porque es
mi único hijo.
39 Un espíritu se apodera de él, y de repente
grita; lo sacude con violencia, le hace echar
espuma, y apenas se aparta de él, dejándolo
maltratado.
40 Rogué a tus discípulos que lo echaran fuera,
pero no pudieron.
41 Jesús respondió: ¡Generación incrédula y
perversa! ¿Hasta cuándo estaré con ustedes y los
soportaré? Trae acá a tu hijo.
42 Mientras el muchacho se acercaba, el
demonio lo derribó y lo sacudió con violencia.
Pero Jesús reprendió al espíritu inmundo, sanó al
niño y se lo devolvió a su padre.
43 Todos quedaron asombrados del gran poder
de Dios. Mientras todos se maravillaban de todo
lo que Jesús hacía, él dijo a sus discípulos:
44 Guarden bien estas palabras en sus oídos: el
Hijo del Hombre será entregado en manos de los
hombres.
45 Pero ellos no entendían esta palabra. Les
estaba encubierta, para que no la
comprendieran; y tenían miedo de preguntarle
acerca de ella.

46 Surgió entonces una discusión entre ellos
sobre quién sería el mayor.
47 Jesús, conociendo el pensamiento de sus
corazones, tomó a un niño y lo puso junto a él.
48 Y les dijo: El que recibe a este niño en mi
nombre, me recibe a mí; y el que me recibe a mí,
recibe al que me envió. Porque el más pequeño
entre todos ustedes, ese es grande.
49 Juan respondió: Maestro, vimos a uno que
echaba fuera demonios en tu nombre, y se lo
prohibimos, porque no sigue con nosotros.
50 Jesús le dijo: No se lo prohíban, porque el que
no está contra nosotros, está a favor de nosotros.
51 Cuando se acercaba el tiempo en que Jesús
sería recibido arriba, decidió con firmeza ir a
Jerusalén.
52 Envió mensajeros delante de él. Ellos fueron
y entraron en una aldea de los samaritanos para
prepararle lugar.
53 Pero allí no lo recibieron, porque su rostro
iba dirigido hacia Jerusalén.
54 Al ver esto, sus discípulos Jacobo y Juan
dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que baje
fuego del cielo y los consuma, como hizo Elías?
55 Pero Jesús se volvió y los reprendió,
diciendo: Ustedes no saben de qué espíritu son.
56 Porque el Hijo del Hombre no vino para
destruir las vidas de los hombres, sino para
salvarlas. Y se fueron a otra aldea.
57 Mientras iban por el camino, alguien le dijo:
Señor, te seguiré a dondequiera que vayas.

58 Jesús le dijo: Las zorras tienen cuevas, y las
aves del cielo tienen nidos; pero el Hijo del
Hombre no tiene dónde recostar la cabeza.
59 A otro le dijo: Sígueme. Pero él respondió:
Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre.
60 Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren
a sus muertos; pero tú ve y anuncia el reino de
Dios.
61 Otro también dijo: Señor, te seguiré, pero
primero déjame despedirme de los que están en
mi casa.
62 Jesús le dijo: Nadie que pone la mano en el
arado y mira hacia atrás es apto para el reino de
Dios.

10

1 Después de estas cosas, el Señor escogió
también a otros setenta y los envió de dos en dos
delante de él, a toda ciudad y lugar adonde él iba
a ir.
2 Les dijo: La cosecha es mucha, pero los
obreros son pocos. Por eso, rueguen al Señor de
la cosecha que envíe obreros a su cosecha.
3 Vayan. Miren, yo los envío como corderos en
medio de lobos.
4 No lleven bolsa, ni alforja, ni sandalias de
repuesto; y no saluden a nadie por el camino.
5 En cualquier casa donde entren, primero
digan: Paz a esta casa.
6 Si allí hay un hijo de paz, la paz de ustedes
reposará sobre él; pero si no, volverá a ustedes.
7 Quédense en esa misma casa, comiendo y
bebiendo lo que les den, porque el obrero merece
su salario. No anden de casa en casa.

8 En cualquier ciudad donde entren y los
reciban, coman lo que les pongan delante.
9 Sanen a los enfermos que haya allí, y díganles:
El reino de Dios se ha acercado a ustedes.
10 Pero en cualquier ciudad donde entren y no
los reciban, salgan a sus calles y digan:
11 Aun el polvo de su ciudad que se pegó a
nuestros pies lo sacudimos contra ustedes. Pero
sepan esto: el reino de Dios se ha acercado a
ustedes.
12 Les digo que en aquel día será más tolerable
para Sodoma que para esa ciudad.
13 ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque
si en Tiro y Sidón se hubieran hecho los milagros
que se hicieron en ustedes, hace tiempo se
habrían arrepentido, sentados con ropa áspera y
ceniza.
14 Por eso, en el juicio será más tolerable para
Tiro y Sidón que para ustedes.
15 Y tú, Capernaúm, ¿serás levantada hasta el
cielo? Hasta el Hades bajarás.
16 El que los escucha a ustedes, me escucha a
mí; y el que los rechaza a ustedes, me rechaza a
mí; y el que me rechaza a mí, rechaza al que me
envió.
17 Los setenta volvieron con alegría, diciendo:
Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu
nombre.
18 Jesús les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo
como un rayo.
19 Miren, les he dado autoridad para pisar
serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder
del enemigo; y nada les hará daño.

20 Sin embargo, no se alegren de que los
espíritus se les sujetan; más bien, alégrense de que
sus nombres están escritos en los cielos.
21 En aquella misma hora, Jesús se llenó de gozo
en el Espíritu Santo y dijo: Te alabo, Padre, Señor
del cielo y de la tierra, porque escondiste estas
cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a
los niños. Sí, Padre, porque así te agradó.
22 Todas las cosas me han sido entregadas por
mi Padre. Nadie conoce quién es el Hijo sino el
Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a
quien el Hijo lo quiera revelar.
23 Volviéndose a sus discípulos, les dijo en
privado: Dichosos los ojos que ven lo que ustedes
ven.
24 Porque les digo que muchos profetas y reyes
desearon ver lo que ustedes ven, y no lo vieron; y
oír lo que ustedes oyen, y no lo oyeron.
25 Entonces un intérprete de la Ley se levantó
para ponerlo a prueba, diciendo: Maestro, ¿qué
debo hacer para heredar la vida eterna?
26 Jesús le dijo: ¿Qué está escrito en la Ley?
¿Cómo lees?
27 Él respondió: Amarás al Señor tu Dios con
todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus
fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como
a ti mismo.
28 Jesús le dijo: Has respondido bien. Haz esto,
y vivirás.
29 Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ¿Y
quién es mi prójimo?
30 Jesús respondió: Un hombre bajaba de
Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones.

Ellos le quitaron la ropa, lo golpearon y se
fueron, dejándolo medio muerto.
31 Por casualidad, un sacerdote bajaba por
aquel camino. Al verlo, pasó por el otro lado.
32 De la misma manera, un levita llegó cerca de
aquel lugar; y al verlo, pasó por el otro lado.
33 Pero un samaritano que iba de camino llegó
a donde estaba el hombre. Al verlo, tuvo
compasión.
34 Se acercó, vendó sus heridas, echándoles
aceite y vino; luego lo puso sobre su propia
cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él.
35 Al día siguiente, al partir, sacó dos denarios,
se los dio al dueño de la posada y le dijo: Cuídalo.
Todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando
vuelva.
36 ¿Cuál de estos tres te parece que fue prójimo
del hombre que cayó en manos de los ladrones?
37 Él dijo: El que tuvo misericordia de él.
Entonces Jesús le dijo: Ve y haz tú lo mismo.
38 Mientras iban de camino, Jesús entró en una
aldea. Una mujer llamada Marta lo recibió en su
casa.
39 Ella tenía una hermana llamada María, quien
se sentó a los pies del Señor y escuchaba su
palabra.
40 Pero Marta estaba preocupada con muchos
quehaceres. Se acercó y dijo: Señor, ¿no te
importa que mi hermana me deje servir sola?
Dile que me ayude.
41 El Señor le respondió: Marta, Marta, estás
preocupada y turbada por muchas cosas.

42 Pero solo una cosa es necesaria. María ha
escogido la buena parte, y no le será quitada.

11

1 Sucedió que Jesús estaba orando en cierto
lugar. Cuando terminó, uno de sus discípulos le
dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan
enseñó a sus discípulos.
2 Jesús les dijo: Cuando oren, digan: Padre
nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu
nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad,
como en el cielo, así también en la tierra.
3 Danos cada día nuestro pan diario.
4 Perdona nuestros pecados, porque también
nosotros perdonamos a todos los que nos deben.
Y no nos dejes caer en tentación, sino líbranos del
mal.
5 También les dijo: ¿Quién de ustedes, si tiene un
amigo, irá a él a medianoche y le dirá: Amigo,
préstame tres panes,
6 porque un amigo mío ha llegado de viaje, y no
tengo nada que ponerle delante?
7 Y aquel, desde adentro, responderá: No me
molestes. La puerta ya está cerrada, y mis hijos
están conmigo en la cama. No puedo levantarme
para darte.
8 Les digo que, aunque no se levante a darle por
ser su amigo, sí se levantará por su insistencia, y
le dará todo lo que necesite.
9 Por eso les digo: Pidan, y se les dará; busquen,
y encontrarán; llamen, y se les abrirá.
10 Porque todo el que pide recibe; el que busca
encuentra; y al que llama, se le abrirá.

11 ¿Qué padre de ustedes, si su hijo le pide pan,
le dará una piedra? ¿O si le pide pescado, le dará
una serpiente?
12 ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?
13 Pues si ustedes, siendo malos, saben dar
buenas cosas a sus hijos, ¿cuánto más su Padre
celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo
pidan?
14 Jesús estaba echando fuera un demonio que
era mudo. Cuando el demonio salió, el hombre
mudo habló, y la gente se maravilló.
15 Pero algunos de ellos dijeron: Este echa
fuera los demonios por Beelzebú, el príncipe de
los demonios.
16 Otros, para ponerlo a prueba, le pedían una
señal del cielo.
17 Pero Jesús, conociendo sus pensamientos, les
dijo: Todo reino dividido contra sí mismo queda
destruido, y una casa dividida contra sí misma
cae.
18 Si Satanás también está dividido contra sí
mismo, ¿cómo permanecerá su reino? Porque
ustedes dicen que yo echo fuera demonios por
Beelzebú.
19 Si yo echo fuera demonios por Beelzebú, ¿por
quién los echan fuera los hijos de ustedes? Por
eso ellos serán sus jueces.
20 Pero si yo echo fuera demonios por el dedo
de Dios, entonces el reino de Dios ha llegado a
ustedes.
21 Cuando un hombre fuerte y armado guarda
su casa, sus bienes están seguros.

22 Pero cuando viene uno más fuerte que él, lo
vence, le quita las armas en que confiaba y
reparte sus bienes.
23 El que no está conmigo, está contra mí; y el
que no recoge conmigo, desparrama.
24 Cuando el espíritu inmundo sale de una
persona, anda por lugares secos buscando
descanso. Al no encontrarlo, dice: Volveré a mi
casa de donde salí.
25 Cuando llega, la encuentra barrida y
arreglada.
26 Entonces va y toma otros siete espíritus
peores que él; entran y viven allí. Y el estado final
de aquella persona llega a ser peor que el
primero.
27 Mientras Jesús decía estas cosas, una mujer
de entre la multitud alzó la voz y le dijo: Dichoso
el vientre que te llevó, y los pechos que te
alimentaron.
28 Pero él dijo: Más bien, dichosos los que oyen
la palabra de Dios y la guardan.
29 Como la gente se juntaba aún más, Jesús
comenzó a decir: Esta generación es mala. Busca
una señal, pero no se le dará otra señal sino la
señal de Jonás.
30 Porque así como Jonás fue señal para los
ninivitas, también el Hijo del Hombre será señal
para esta generación.
31 La reina del Sur se levantará en el juicio
contra los hombres de esta generación y los
condenará, porque ella vino desde los fines de la
tierra para oír la sabiduría de Salomón; y miren,
uno mayor que Salomón está aquí.

32 Los hombres de Nínive se levantarán en el
juicio contra esta generación y la condenarán,
porque ellos se arrepintieron al oír la predicación
de Jonás; y miren, uno mayor que Jonás está aquí.
33 Nadie enciende una lámpara para ponerla en
un lugar escondido, ni debajo de una vasija, sino
sobre el candelero, para que los que entren vean
la luz.
34 El ojo es la lámpara del cuerpo. Cuando tu ojo
está sano, todo tu cuerpo está lleno de luz; pero
cuando está malo, tu cuerpo está en oscuridad.
35 Por eso, mira que la luz que hay en ti no sea
oscuridad.
36 Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz y
no tiene ninguna parte oscura, estará totalmente
iluminado, como cuando una lámpara te alumbra
con su resplandor.
37 Mientras Jesús hablaba, un fariseo le rogó
que comiera con él. Jesús entró y se sentó a la
mesa.
38 El fariseo se sorprendió al ver que Jesús no se
había lavado antes de comer.
39 Entonces el Señor le dijo: Ustedes los fariseos
limpian por fuera el vaso y el plato, pero por
dentro están llenos de robo y maldad.
40 ¡Necios! El que hizo lo de fuera, ¿no hizo
también lo de dentro?
41 Más bien, den de corazón a los pobres, y
entonces todo les será limpio.
42 Pero ¡ay de ustedes, fariseos!, porque dan el
diezmo de la menta, de la ruda y de toda
hortaliza, pero pasan por alto la justicia y el amor
de Dios. Esto era necesario hacer, sin dejar de
hacer lo otro.

43 ¡Ay de ustedes, fariseos!, porque aman los
primeros asientos en las sinagogas y los saludos
respetuosos en las plazas.
44 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas!,
porque son como sepulcros que no se ven, y la
gente camina sobre ellos sin saberlo.
45 Uno de los intérpretes de la Ley le respondió:
Maestro, al decir esto también nos ofendes a
nosotros.
46 Jesús dijo: ¡Ay también de ustedes, intérpretes
de la Ley!, porque cargan a la gente con cargas
difíciles de llevar, pero ustedes ni con un dedo las
tocan.
47 ¡Ay de ustedes!, porque construyen los
sepulcros de los profetas, pero sus padres los
mataron.
48 Así dan testimonio de que aprueban las
obras de sus padres; porque ellos los mataron, y
ustedes construyen sus sepulcros.
49 Por eso también dijo la sabiduría de Dios: Les
enviaré profetas y apóstoles; y a algunos de ellos
matarán, y a otros perseguirán,
50 para que se demande de esta generación la
sangre de todos los profetas derramada desde la
fundación del mundo,
51 desde la sangre de Abel hasta la sangre de
Zacarías, quien murió entre el altar y el templo.
Sí, les digo que será demandada de esta
generación.
52 ¡Ay de ustedes, intérpretes de la Ley!, porque
han quitado la llave del conocimiento. Ustedes
mismos no entraron, y a los que querían entrar se
lo impidieron.

53 Cuando Jesús salió de allí, los escribas y los
fariseos comenzaron a acosarlo con fuerza y a
provocarlo para que hablara de muchas cosas.
54 Lo acechaban, buscando atrapar alguna
palabra de su boca para acusarlo.

12

1 Mientras tanto, se había reunido tanta gente
que se atropellaban unos a otros. Jesús comenzó
a decir primero a sus discípulos: Cuídense de la
levadura de los fariseos, que es la hipocresía.
2 Porque no hay nada encubierto que no vaya a
ser descubierto, ni nada escondido que no vaya a
ser conocido.
3 Por eso, todo lo que ustedes hayan dicho en la
oscuridad, se oirá en la luz; y lo que hayan dicho
al oído en los cuartos interiores, será anunciado
desde las azoteas.
4 Les digo a ustedes, mis amigos: No teman a
los que matan el cuerpo, y después de eso no
pueden hacer más.
5 Pero les mostraré a quién deben temer:
teman a aquel que, después de matar, tiene poder
para echar en el infierno. Sí, les digo: a él teman.
6 ¿No se venden cinco pajaritos por dos
monedas pequeñas? Sin embargo, ni uno de ellos
está olvidado delante de Dios.
7 Aun los cabellos de la cabeza de ustedes están
todos contados. No tengan miedo; ustedes valen
más que muchos pajaritos.
8 Les digo que todo el que me reconozca
delante de la gente, también el Hijo del Hombre
lo reconocerá delante de los ángeles de Dios.

9 Pero el que me niegue delante de la gente,
será negado delante de los ángeles de Dios.
10 A todo el que diga una palabra contra el Hijo
del Hombre, le será perdonado; pero al que
blasfeme contra el Espíritu Santo, no le será
perdonado.
11 Cuando los lleven ante las sinagogas, ante las
autoridades y ante los gobernantes, no se
preocupen por cómo se defenderán ni por lo que
dirán.
12 Porque el Espíritu Santo les enseñará en esa
misma hora lo que deben decir.
13 Uno de la multitud le dijo: Maestro, dile a mi
hermano que divida la herencia conmigo.
14 Pero Jesús le dijo: Hombre, ¿quién me puso
como juez o repartidor entre ustedes?
15 Luego les dijo: Miren y cuídense de toda
avaricia, porque la vida de una persona no
depende de la abundancia de sus bienes.
16 Entonces les contó una parábola: La tierra de
un hombre rico produjo mucho.
17 Él pensaba dentro de sí: ¿Qué haré? No tengo
dónde guardar mis cosechas.
18 Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros y
construiré otros más grandes. Allí guardaré
todas mis cosechas y mis bienes.
19 Entonces diré a mi alma: Alma, tienes
muchos bienes guardados para muchos años.
Descansa, come, bebe y disfruta.
20 Pero Dios le dijo: Necio, esta noche te pedirán
tu alma. Entonces, ¿para quién será lo que has
preparado?

21 Así es el que acumula tesoros para sí mismo,
pero no es rico para con Dios.
22 Luego dijo a sus discípulos: Por eso les digo:
No se preocupen por su vida, qué comerán; ni por
su cuerpo, qué vestirán.
23 La vida es más que la comida, y el cuerpo
más que la ropa.
24 Consideren los cuervos: no siembran ni
cosechan, no tienen almacén ni granero, y Dios
los alimenta. ¡Cuánto más valen ustedes que las
aves!
25 ¿Quién de ustedes, por mucho que se
preocupe, puede añadir una sola hora a su vida?
26 Si ustedes no pueden hacer ni lo más
pequeño, ¿por qué se preocupan por lo demás?
27 Consideren los lirios, cómo crecen: no
trabajan ni hilan. Pero les digo que ni Salomón,
con toda su gloria, se vistió como uno de ellos.
28 Si Dios viste así la hierba del campo, que hoy
está viva y mañana se echa al horno, ¿cuánto más
hará por ustedes, hombres de poca fe?
29 No anden buscando qué comerán o qué
beberán, ni estén ansiosos.
30 Porque todas estas cosas buscan las naciones
del mundo; pero su Padre sabe que ustedes
necesitan estas cosas.
31 Más bien, busquen el reino de Dios, y estas
cosas les serán añadidas.
32 No temas, pequeño rebaño, porque a su
Padre le agradó darles el reino.
33 Vendan lo que tienen y den a los pobres.
Háganse bolsas que no se envejecen, un tesoro

inagotable en los cielos, donde el ladrón no llega
y la polilla no destruye.
34 Porque donde esté su tesoro, allí estará
también su corazón.
35 Estén vestidos y preparados, y mantengan
sus lámparas encendidas.
36 Sean como siervos que esperan a que su
señor vuelva de la boda, para abrirle enseguida
cuando llegue y llame.
37 Dichosos aquellos siervos a quienes su señor,
cuando venga, encuentre velando. De cierto les
digo que él se vestirá para servir, los hará sentar a
la mesa, y vendrá a servirles.
38 Aunque venga en la segunda o en la tercera
vigilia de la noche, dichosos aquellos siervos si
los encuentra así.
39 Pero sepan esto: si el dueño de la casa
supiera a qué hora viene el ladrón, velaría y no
dejaría que entrara en su casa.
40 Por eso ustedes también estén preparados,
porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que
no esperan.
41 Entonces Pedro le dijo: Señor, ¿dices esta
parábola solo para nosotros, o también para
todos?
42 El Señor respondió: ¿Quién es, pues, el
mayordomo fiel y prudente, a quien su señor
pondrá sobre los de su casa para darles su ración
de alimento a su tiempo?
43 Dichoso aquel siervo a quien su señor,
cuando venga, encuentre haciendo así.
44 De cierto les digo que lo pondrá sobre todos
sus bienes.

45 Pero si aquel siervo dice en su corazón: Mi
señor tarda en venir, y comienza a golpear a los
siervos y a las siervas, y a comer, beber y
emborracharse,
46 el señor de aquel siervo vendrá en un día que
él no espera, y a una hora que no sabe. Lo
castigará con dureza y le dará su parte con los
infieles.
47 El siervo que conocía la voluntad de su señor,
pero no se preparó ni hizo conforme a su
voluntad, recibirá muchos golpes.
48 Pero el que no la conocía, e hizo cosas dignas
de castigo, recibirá pocos golpes. A todo aquel a
quien se le dio mucho, mucho se le pedirá; y al
que mucho se le confió, más se le demandará.
49 Vine a echar fuego sobre la tierra; ¡y cuánto
quisiera que ya estuviera encendido!
50 Pero tengo que ser bautizado con un
bautismo, ¡y cuánta angustia siento hasta que se
cumpla!
51 ¿Piensan que vine a traer paz a la tierra? Les
digo que no, sino división.
52 Porque desde ahora, cinco en una casa
estarán divididos: tres contra dos, y dos contra
tres.
53 Estarán divididos el padre contra el hijo, y el
hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la
hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y
la nuera contra su suegra.
54 También decía a la gente: Cuando ven una
nube que sale del occidente, enseguida dicen:
Viene lluvia; y así sucede.

55 Y cuando sopla el viento del sur, dicen: Hará
calor; y sucede.
56 ¡Hipócritas! Saben distinguir el aspecto de la
tierra y del cielo, pero ¿cómo no saben distinguir
este tiempo?
57 ¿Por qué no juzgan ustedes mismos lo que es
justo?
58 Cuando vayas con tu adversario ante el
magistrado, procura arreglarte con él en el
camino; no sea que te arrastre ante el juez, el juez
te entregue al guardia, y el guardia te meta en la
cárcel.
59 Te digo que no saldrás de allí hasta que hayas
pagado la última moneda.

13

1 En ese mismo tiempo, algunos le contaron a
Jesús acerca de los galileos cuya sangre Pilato
había mezclado con sus sacrificios.
2 Jesús les respondió: ¿Piensan ustedes que
aquellos galileos eran más pecadores que todos
los demás galileos porque sufrieron estas cosas?
3 Les digo que no. Más bien, si no se
arrepienten, todos ustedes perecerán de la
misma manera.
4 O aquellos dieciocho sobre quienes cayó la
torre de Siloé y los mató, ¿piensan que eran más
culpables que todos los demás habitantes de
Jerusalén?
5 Les digo que no. Más bien, si no se
arrepienten, todos ustedes perecerán de la
misma manera.

6 También les contó esta parábola: Un hombre tenía una higuera plantada en su viña. Vino a
buscar fruto en ella, pero no encontró.
7 Entonces dijo al viñador: Mira, hace tres años
que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no
encuentro nada. Córtala. ¿Para qué ocupa
inútilmente la tierra?
8 Pero él le respondió: Señor, déjala todavía este
año, hasta que yo cave alrededor de ella y la
abone.
9 Si da fruto, bien; y si no, después la cortarás.
10 Jesús estaba enseñando en una sinagoga en el
día de reposo.
11 Allí había una mujer que desde hacía
dieciocho años tenía un espíritu de enfermedad.
Estaba encorvada y no podía enderezarse de
ninguna manera.
12 Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer,
quedas libre de tu enfermedad.
13 Puso las manos sobre ella, y al instante se
enderezó y glorificaba a Dios.
14 Pero el jefe de la sinagoga, enojado porque
Jesús había sanado en el día de reposo, dijo a la
gente: Hay seis días en que se debe trabajar.
Vengan en esos días para ser sanados, y no en el
día de reposo.
15 Entonces el Señor le respondió: ¡Hipócritas!
¿No desata cada uno de ustedes en el día de
reposo su buey o su burro del pesebre y lo lleva a
beber?
16 Y a esta mujer, que es hija de Abraham, a
quien Satanás había mantenido atada durante

dieciocho años, ¿no era necesario soltarla de esta
atadura en el día de reposo?
17 Al decir esto, todos sus adversarios quedaron
avergonzados; y toda la gente se alegraba por
todas las obras gloriosas que él hacía.
18 Entonces dijo: ¿A qué es semejante el reino
de Dios? ¿Con qué lo compararé?
19 Es semejante a un grano de mostaza que un
hombre tomó y sembró en su jardín. Creció y
llegó a ser un árbol, y las aves del cielo hicieron
nidos en sus ramas.
20 Otra vez dijo: ¿Con qué compararé el reino de
Dios?
21 Es semejante a la levadura que una mujer
tomó y mezcló con tres medidas de harina, hasta
que todo quedó fermentado.
22 Jesús iba por ciudades y aldeas, enseñando
mientras seguía su camino hacia Jerusalén.
23 Alguien le preguntó: Señor, ¿son pocos los que
se salvan? Él les dijo:
24 Esfuércense por entrar por la puerta estrecha,
porque les digo que muchos tratarán de entrar y
no podrán.
25 Cuando el dueño de la casa se levante y
cierre la puerta, ustedes se quedarán afuera y
comenzarán a llamar a la puerta, diciendo: Señor,
Señor, ábrenos. Pero él les responderá: No sé de
dónde son.
26 Entonces comenzarán a decir: Comimos y
bebimos delante de ti, y enseñaste en nuestras
calles.
27 Pero él dirá: Les digo que no sé de dónde son.
Apártense de mí, todos ustedes que hacen maldad.

28 Allí habrá llanto y crujir de dientes, cuando
vean a Abraham, Isaac, Jacob y a todos los
profetas en el reino de Dios, pero ustedes sean
echados fuera.
29 Vendrán del oriente y del occidente, del norte
y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de
Dios.
30 Miren, algunos últimos serán primeros, y
algunos primeros serán últimos.
31 En ese mismo momento, algunos fariseos se
acercaron y le dijeron: Sal de aquí y vete, porque
Herodes quiere matarte.
32 Jesús les dijo: Vayan y díganle a ese zorro:
Mira, echo fuera demonios y hago sanidades hoy
y mañana, y al tercer día termino mi obra.
33 Pero es necesario que siga mi camino hoy,
mañana y pasado mañana, porque no puede ser
que un profeta muera fuera de Jerusalén.
34 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas
y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas
veces quise juntar a tus hijos, como la gallina
junta a sus pollitos debajo de sus alas, pero
ustedes no quisieron!
35 Miren, su casa les queda desierta. Les digo
que no me verán hasta que llegue el tiempo en
que digan: Bendito el que viene en el nombre del
Señor.

14

1 Un día de reposo, Jesús entró en casa de uno
de los principales fariseos para comer, y ellos lo
vigilaban.

2 Delante de él había un hombre enfermo de
hinchazón.
3 Jesús preguntó a los intérpretes de la Ley y a
los fariseos: ¿Está permitido sanar en el día de
reposo, o no?
4 Pero ellos se quedaron callados. Entonces
Jesús tomó al hombre, lo sanó y lo despidió.
5 Luego les dijo: ¿Quién de ustedes, si su burro o
su buey cae en un pozo, no lo saca enseguida,
aunque sea día de reposo?
6 Y no pudieron responderle a esto.
7 Al ver cómo los invitados escogían los
primeros lugares, les contó una parábola:
8 Cuando alguien te invite a una boda, no te
sientes en el primer lugar; no sea que haya sido
invitado otro más importante que tú,
9 y venga el que invitó a los dos y te diga: Dale
el lugar a este. Entonces tendrás que tomar con
vergüenza el último lugar.
10 Más bien, cuando seas invitado, ve y siéntate
en el último lugar, para que cuando venga el que
te invitó, te diga: Amigo, sube más arriba.
Entonces tendrás honra delante de los que están
a la mesa contigo.
11 Porque todo el que se enaltece será
humillado, y el que se humilla será enaltecido.
12 También dijo al que lo había invitado:
Cuando hagas una comida o una cena, no invites
solo a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus
parientes, ni a vecinos ricos, no sea que ellos
también te inviten y así recibas tu recompensa.

13 Más bien, cuando hagas un banquete, invita
a los pobres, a los mancos, a los cojos y a los
ciegos.
14 Entonces serás dichoso, porque ellos no
pueden pagarte; pero se te recompensará en la
resurrección de los justos.
15 Al oír esto, uno de los que estaban sentados a
la mesa con él dijo: Dichoso el que coma pan en el
reino de Dios.
16 Jesús le dijo: Un hombre hizo una gran cena
e invitó a muchos.
17 A la hora de la cena, envió a su siervo a decir
a los invitados: Vengan, porque ya todo está listo.
18 Pero todos comenzaron a excusarse. El
primero le dijo: Compré un terreno, y necesito ir
a verlo. Te ruego que me disculpes.
19 Otro dijo: Compré cinco yuntas de bueyes y
voy a probarlas. Te ruego que me disculpes.
20 Otro dijo: Acabo de casarme, y por eso no
puedo ir.
21 El siervo volvió y contó estas cosas a su señor.
Entonces el dueño de la casa se enojó y dijo a su
siervo: Sal pronto por las calles y callejones de la
ciudad, y trae acá a los pobres, a los mancos, a los
cojos y a los ciegos.
22 El siervo dijo: Señor, se ha hecho como
mandaste, y todavía hay lugar.
23 El señor dijo al siervo: Sal por los caminos y
cercas, y obliga a entrar a los que encuentres,
para que se llene mi casa.
24 Porque les digo que ninguno de aquellos
hombres que fueron invitados probará mi cena.

25 Grandes multitudes iban con Jesús. Él se
volvió y les dijo:
26 Si alguno viene a mí y no me ama más que a
su padre, a su madre, a su esposa, a sus hijos, a
sus hermanos, a sus hermanas, y aun más que a
su propia vida, no puede ser mi discípulo.
27 El que no lleva su cruz y viene en pos de mí,
no puede ser mi discípulo.
28 Porque ¿quién de ustedes, queriendo
construir una torre, no se sienta primero y
calcula el costo, para ver si tiene lo necesario
para terminarla?
29 No sea que, después de poner el cimiento, no
pueda terminarla, y todos los que lo vean
comiencen a burlarse de él,
30 diciendo: Este hombre comenzó a construir,
pero no pudo terminar.
31 ¿O qué rey, al salir a la guerra contra otro rey,
no se sienta primero y considera si puede
enfrentarse con diez mil al que viene contra él
con veinte mil?
32 Si no puede, cuando el otro todavía está lejos,
envía mensajeros y pide condiciones de paz.
33 Así, cualquiera de ustedes que no renuncia a
todo lo que tiene no puede ser mi discípulo.
34 La sal es buena; pero si la sal pierde su sabor,
¿con qué se le devolverá?
35 No sirve ni para la tierra ni para el abono; la
tiran fuera. El que tiene oídos para oír, que oiga.

15

1 Todos los cobradores de impuestos y
pecadores se acercaban a Jesús para oírlo.

2 Pero los fariseos y los escribas murmuraban,
diciendo: Este recibe a pecadores y come con
ellos.
3 Entonces Jesús les contó esta parábola:
4 ¿Qué hombre de ustedes, si tiene cien ovejas y
pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve
en el desierto, y va tras la que se perdió hasta
encontrarla?
5 Cuando la encuentra, la pone sobre sus
hombros con alegría.
6 Al llegar a casa, llama a sus amigos y vecinos,
y les dice: Alégrense conmigo, porque he
encontrado mi oveja que se había perdido.
7 Les digo que así habrá más gozo en el cielo por
un pecador que se arrepiente que por noventa y
nueve justos que no necesitan arrepentimiento.
8 ¿O qué mujer que tiene diez monedas de plata,
si pierde una, no enciende una lámpara, barre la
casa y busca con cuidado hasta encontrarla?
9 Cuando la encuentra, llama a sus amigas y
vecinas, y les dice: Alégrense conmigo, porque he
encontrado la moneda que había perdido.
10 Así les digo que hay gozo delante de los
ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.
11 También dijo: Un hombre tenía dos hijos.
12 El menor de ellos dijo a su padre: Padre,
dame la parte de la herencia que me toca.
Entonces el padre repartió sus bienes entre ellos.
13 Pocos días después, el hijo menor juntó todo
lo suyo y se fue lejos, a otro país. Allí desperdició
sus bienes viviendo de manera desordenada.

14 Cuando lo había gastado todo, vino una gran
hambre en aquel país, y él comenzó a pasar
necesidad.
15 Entonces fue y se puso al servicio de uno de
los ciudadanos de aquel país, quien lo mandó a
sus campos para cuidar cerdos.
16 Él deseaba llenarse con las algarrobas que
comían los cerdos, pero nadie le daba nada.
17 Entonces volvió en sí y dijo: ¡Cuántos
jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, y yo
aquí me muero de hambre!
18 Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre,
he pecado contra el cielo y contra ti.
19 Ya no soy digno de ser llamado tu hijo;
hazme como uno de tus jornaleros.
20 Entonces se levantó y fue a su padre. Cuando
aún estaba lejos, su padre lo vio y tuvo
compasión. Corrió, se echó sobre su cuello y lo
besó.
21 El hijo le dijo: Padre, he pecado contra el
cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado
tu hijo.
22 Pero el padre dijo a sus siervos: Saquen la
mejor ropa y vístanlo. Pónganle un anillo en la
mano y sandalias en los pies.
23 Traigan el becerro gordo y mátenlo.
Comamos y hagamos fiesta,
24 porque este hijo mío estaba muerto y ha
vuelto a vivir; estaba perdido y ha sido
encontrado. Y comenzaron a celebrar.
25 El hijo mayor estaba en el campo. Cuando
vino y se acercó a la casa, oyó música y baile.

26 Entonces llamó a uno de los siervos y le
preguntó qué estaba pasando.
27 El siervo le dijo: Tu hermano ha vuelto, y tu
padre ha matado el becerro gordo porque lo
recibió sano y salvo.
28 Pero él se enojó y no quería entrar. Entonces
su padre salió y le rogaba que entrara.
29 Pero él respondió a su padre: Mira, tantos
años te he servido, y nunca he desobedecido una
orden tuya; pero nunca me has dado ni un
cabrito para celebrar con mis amigos.
30 Pero cuando vino este hijo tuyo, que ha
gastado tus bienes con prostitutas, mataste para
él el becerro gordo.
31 El padre le dijo: Hijo, tú siempre estás
conmigo, y todo lo mío es tuyo.
32 Pero era necesario celebrar y alegrarnos,
porque este hermano tuyo estaba muerto y ha
vuelto a vivir; estaba perdido y ha sido
encontrado.

16

1 Jesús dijo también a sus discípulos: Había un
hombre rico que tenía un administrador. Este fue
acusado de malgastar los bienes de su señor.
2 Entonces el señor lo llamó y le dijo: ¿Qué es
esto que oigo de ti? Da cuenta de tu
administración, porque ya no podrás ser
administrador.
3 El administrador dijo dentro de sí: ¿Qué haré,
ya que mi señor me quita la administración? No
tengo fuerzas para cavar, y me da vergüenza
pedir limosna.

4 Ya sé lo que haré, para que cuando me quiten
la administración, otros me reciban en sus casas.
5 Entonces llamó a cada uno de los deudores de
su señor. Al primero le dijo: ¿Cuánto debes a mi
señor?
6 Él respondió: Cien medidas de aceite. El
administrador le dijo: Toma tu cuenta, siéntate
pronto y escribe cincuenta.
7 Luego dijo a otro: ¿Y tú cuánto debes? Él
respondió: Cien medidas de trigo. Le dijo: Toma
tu cuenta y escribe ochenta.
8 El señor alabó al administrador injusto,
porque actuó con astucia. Pues los hijos de este
mundo son más astutos en el trato con su propia
generación que los hijos de la luz.
9 Y yo les digo: Usen las riquezas injustas para
ganarse amigos, para que cuando falten, los
reciban en las moradas eternas.
10 El que es fiel en lo muy poco, también es fiel
en lo mucho; y el que es injusto en lo muy poco,
también es injusto en lo mucho.
11 Si ustedes no fueron fieles con las riquezas
injustas, ¿quién les confiará las verdaderas
riquezas?
12 Y si no fueron fieles con lo ajeno, ¿quién les
dará lo que es de ustedes?
13 Ningún siervo puede servir a dos señores,
porque odiará a uno y amará al otro, o será fiel a
uno y despreciará al otro. Ustedes no pueden
servir a Dios y al dinero.
14 Los fariseos, que amaban el dinero, oían
todas estas cosas y se burlaban de Jesús.

15 Él les dijo: Ustedes se hacen pasar por justos
delante de la gente, pero Dios conoce sus
corazones; porque lo que los hombres tienen por
muy importante, delante de Dios es abominación.
16 La Ley y los Profetas llegaron hasta Juan.
Desde entonces se anuncian las buenas noticias
del reino de Dios, y todos se esfuerzan por entrar
en él.
17 Pero es más fácil que pasen el cielo y la tierra,
que se caiga una sola tilde de la Ley.
18 Todo el que se divorcia de su esposa y se casa
con otra, comete adulterio; y el que se casa con la
mujer divorciada de su esposo, comete adulterio.
19 Había un hombre rico que se vestía de
púrpura y lino fino, y cada día hacía banquetes
con lujo.
20 También había un mendigo llamado Lázaro,
que estaba echado a la puerta del rico, lleno de
llagas.
21 Deseaba saciarse con las migajas que caían
de la mesa del rico; y aun los perros venían y le
lamían las llagas.
22 Sucedió que murió el mendigo, y los ángeles
lo llevaron al seno de Abraham. Murió también
el rico, y fue sepultado.
23 En el Hades, estando en tormentos, el rico
alzó los ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro
en su seno.
24 Entonces clamó: Padre Abraham, ten
misericordia de mí, y envía a Lázaro para que
moje la punta de su dedo en agua y refresque mi
lengua, porque sufro mucho en esta llama.

25 Pero Abraham le dijo: Hijo, recuerda que
durante tu vida recibiste tus bienes, y Lázaro
recibió males. Ahora él es consolado aquí, y tú
sufres.
26 Además de todo esto, entre nosotros y
ustedes hay un gran abismo, de modo que los que
quieren pasar de aquí a ustedes no pueden, ni de
allá pueden pasar hacia nosotros.
27 Entonces el rico dijo: Te ruego, padre, que lo
envíes a la casa de mi padre,
28 porque tengo cinco hermanos. Que les dé
testimonio, para que ellos no vengan también a
este lugar de tormento.
29 Abraham le dijo: Tienen a Moisés y a los
Profetas; que los escuchen.
30 Él dijo: No, padre Abraham; pero si alguien
va a ellos de entre los muertos, se arrepentirán.
31 Abraham le dijo: Si no escuchan a Moisés y a
los Profetas, tampoco se convencerán aunque
alguien resucite de entre los muertos.

17

1 Jesús dijo a sus discípulos: Es imposible que no
vengan tropiezos; pero ¡ay de aquel por medio de
quien vienen!
2 Mejor le sería que le colgaran al cuello una
gran piedra de molino y lo echaran al mar, antes
que hacer tropezar a uno de estos pequeños.
3 Tengan cuidado de ustedes mismos. Si tu
hermano peca contra ti, repréndelo; y si se
arrepiente, perdónalo.

4 Y si peca contra ti siete veces en un día, y siete
veces vuelve a ti diciendo: Me arrepiento,
perdónalo.
5 Los apóstoles dijeron al Señor: Auméntanos la
fe.
6 El Señor dijo: Si ustedes tuvieran fe como un
grano de mostaza, podrían decir a este sicómoro:
Desarráigate y plántate en el mar, y les obedecería.
7 ¿Quién de ustedes, si tiene un siervo que ara o
cuida ovejas, le dirá cuando vuelve del campo:
Ven enseguida y siéntate a la mesa?
8 ¿No le dirá más bien: Prepárame la cena, ponte
el delantal y sírveme hasta que yo coma y beba;
después comerás y beberás tú?
9 ¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que
se le mandó?
10 Así también ustedes, cuando hayan hecho
todo lo que se les mandó, digan: Somos siervos
sin mérito; solo hemos hecho lo que debíamos
hacer.
11 Sucedió que, mientras Jesús iba camino a
Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea.
12 Al entrar en una aldea, le salieron al
encuentro diez hombres leprosos. Ellos se
quedaron a cierta distancia
13 y alzaron la voz, diciendo: ¡Jesús, Maestro,
ten misericordia de nosotros!
14 Cuando Jesús los vio, les dijo: Vayan y
muéstrense a los sacerdotes. Y mientras iban,
quedaron limpios.
15 Uno de ellos, al ver que había sido sanado,
volvió glorificando a Dios a gran voz.

16 Cayó rostro en tierra a los pies de Jesús y le
dio gracias. Este hombre era samaritano.
17 Jesús respondió: ¿No fueron diez los que
quedaron limpios? ¿Dónde están los otros nueve?
18 ¿No hubo quien volviera para dar gloria a
Dios, sino este extranjero?
19 Entonces le dijo: Levántate y vete; tu fe te ha
sanado.
20 Cuando los fariseos le preguntaron cuándo
vendría el reino de Dios, Jesús les respondió: El
reino de Dios no viene con señales visibles.
21 Ni dirán: Miren, está aquí, o: Miren, está allá.
Porque el reino de Dios está en medio de ustedes.
22 Luego dijo a sus discípulos: Vendrán días
cuando desearán ver uno de los días del Hijo del
Hombre, pero no lo verán.
23 Les dirán: Miren, está aquí, o: Miren, está
allá. No vayan ni los sigan.
24 Porque como el relámpago, al brillar, ilumina
el cielo de un extremo al otro, así será el Hijo del
Hombre en su día.
25 Pero primero es necesario que él sufra
mucho y sea rechazado por esta generación.
26 Como sucedió en los días de Noé, así también
será en los días del Hijo del Hombre.
27 Comían, bebían, se casaban y se daban en
casamiento, hasta el día en que Noé entró en el
arca. Entonces vino el diluvio y los destruyó a
todos.
28 De la misma manera sucedió en los días de
Lot: comían, bebían, compraban, vendían,
plantaban y construían.

29 Pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió
del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos.
30 Así será el día en que el Hijo del Hombre sea
revelado.
31 En aquel día, el que esté en la azotea y tenga
sus bienes dentro de la casa, no baje a tomarlos.
De igual manera, el que esté en el campo no
vuelva atrás.
32 Acuérdense de la esposa de Lot.
33 El que procure salvar su vida, la perderá; y el
que la pierda, la conservará.
34 Les digo que en aquella noche estarán dos en
una cama; uno será tomado, y el otro será dejado.
35 Dos mujeres estarán moliendo juntas; una
será tomada, y la otra será dejada.
36 Dos estarán en el campo; uno será tomado, y
el otro será dejado.
37 Entonces le preguntaron: ¿Dónde, Señor? Él
les dijo: Donde esté el cuerpo, allí se juntarán los
buitres.

18

1 Jesús les contó una parábola para enseñarles
que debían orar siempre y no desanimarse.
2 Dijo: En cierta ciudad había un juez que no
temía a Dios ni respetaba a la gente.
3 También había en aquella ciudad una viuda,
que venía a él y le decía: Hazme justicia contra mi
adversario.
4 Por algún tiempo el juez no quiso. Pero
después dijo dentro de sí: Aunque no temo a Dios
ni respeto a la gente,

5 como esta viuda me molesta, le haré justicia,
para que no siga viniendo y me canse.
6 Entonces el Señor dijo: Escuchen lo que dijo el
juez injusto.
7 ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos,
que claman a él día y noche? ¿Tardará mucho en
responderles?
8 Les digo que pronto les hará justicia. Pero
cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la
tierra?
9 También contó esta parábola a algunos que
confiaban en sí mismos como justos y
despreciaban a los demás:
10 Dos hombres subieron al templo a orar. Uno
era fariseo, y el otro cobrador de impuestos.
11 El fariseo, puesto de pie, oraba consigo
mismo así: Dios, te doy gracias porque no soy
como los demás hombres: ladrones, injustos,
adúlteros, ni tampoco como este cobrador de
impuestos.
12 Ayuno dos veces a la semana y doy el diezmo
de todo lo que gano.
13 Pero el cobrador de impuestos, estando lejos,
ni siquiera quería levantar los ojos al cielo, sino
que se golpeaba el pecho y decía: Dios, ten
misericordia de mí, pecador.
14 Les digo que este bajó a su casa justificado, y
no el otro. Porque todo el que se enaltece será
humillado, y el que se humilla será enaltecido.
15 También le traían niños pequeños para que
los tocara. Al verlo, los discípulos reprendían a la
gente.

16 Pero Jesús los llamó y dijo: Dejen que los
niños vengan a mí, y no se lo impidan, porque de
los que son como ellos es el reino de Dios.
17 De cierto les digo que cualquiera que no
reciba el reino de Dios como un niño, de ninguna
manera entrará en él.
18 Un gobernante le preguntó: Maestro bueno,
¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?
19 Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno?
Nadie es bueno sino solo Dios.
20 Conoces los mandamientos: No cometerás
adulterio; no matarás; no robarás; no darás falso
testimonio; honra a tu padre y a tu madre.
21 Él dijo: Todo esto lo he guardado desde mi
juventud.
22 Al oír esto, Jesús le dijo: Todavía te falta una
cosa: vende todo lo que tienes, repártelo a los
pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y
sígueme.
23 Pero cuando él oyó esto, se puso muy triste,
porque era muy rico.
24 Jesús, al verlo triste, dijo: ¡Qué difícil es para
los que tienen riquezas entrar en el reino de Dios!
25 Porque es más fácil que un camello pase por
el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino
de Dios.
26 Los que oyeron esto dijeron: Entonces, ¿quién
podrá ser salvo?
27 Jesús respondió: Lo que es imposible para los
hombres, es posible para Dios.
28 Entonces Pedro dijo: Mira, nosotros hemos
dejado lo nuestro y te hemos seguido.

29 Jesús les dijo: De cierto les digo que no hay
nadie que haya dejado casa, esposa, hermanos,
padres o hijos por causa del reino de Dios,
30 que no reciba mucho más en este tiempo, y
en el mundo venidero la vida eterna.
31 Jesús tomó aparte a los doce y les dijo: Miren,
subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo que
fue escrito por los profetas acerca del Hijo del
Hombre.
32 Porque será entregado a los gentiles; se
burlarán de él, lo insultarán, le escupirán,
33 lo azotarán y lo matarán; pero al tercer día
resucitará.
34 Pero ellos no entendieron nada de esto. Esta
palabra les estaba oculta, y no comprendían lo
que se les decía.
35 Sucedió que, al acercarse Jesús a Jericó, un
ciego estaba sentado junto al camino, pidiendo
limosna.
36 Al oír que pasaba mucha gente, preguntó qué
era aquello.
37 Le dijeron: Está pasando Jesús de Nazaret.
38 Entonces clamó: ¡Jesús, Hijo de David, ten
misericordia de mí!
39 Los que iban delante lo reprendían para que
se callara; pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de
David, ten misericordia de mí!
40 Jesús se detuvo y mandó que se lo trajeran.
Cuando el ciego se acercó, Jesús le preguntó:
41 ¿Qué quieres que haga por ti? Él dijo: Señor,
que reciba la vista.
42 Jesús le dijo: Recibe la vista; tu fe te ha
salvado.

43 Al instante recibió la vista y siguió a Jesús,
glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto,
alabó a Dios.

19

1 Jesús entró en Jericó y pasaba por la ciudad.
2 Había allí un hombre llamado Zaqueo, jefe de
los cobradores de impuestos, y era rico.
3 Él procuraba ver quién era Jesús, pero no
podía por causa de la multitud, porque era de
baja estatura.
4 Entonces corrió adelante y se subió a un
sicómoro para verlo, porque Jesús iba a pasar por
allí.
5 Cuando Jesús llegó a aquel lugar, miró hacia
arriba, lo vio y le dijo: Zaqueo, baja pronto,
porque hoy debo quedarme en tu casa.
6 Entonces Zaqueo bajó de prisa y lo recibió con
alegría.
7 Al ver esto, todos murmuraban, diciendo: Ha
entrado a hospedarse con un hombre pecador.
8 Pero Zaqueo se puso de pie y dijo al Señor:
Mira, Señor, doy la mitad de mis bienes a los
pobres; y si he defraudado a alguien, le devuelvo
cuatro veces más.
9 Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta
casa, porque él también es hijo de Abraham.
10 Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a
salvar lo que se había perdido.
11 Mientras ellos oían estas cosas, Jesús añadió
una parábola, porque estaba cerca de Jerusalén, y
ellos pensaban que el reino de Dios se
manifestaría enseguida.

12 Dijo, pues: Un hombre noble se fue a un país
lejano para recibir un reino y volver.
13 Llamó a diez de sus siervos, les dio diez
minas y les dijo: Negocien con esto hasta que yo
vuelva.
14 Pero sus ciudadanos lo odiaban, y enviaron
una delegación tras él, diciendo: No queremos
que este reine sobre nosotros.
15 Cuando él volvió, después de recibir el reino,
mandó llamar a los siervos a quienes había dado
el dinero, para saber cuánto había ganado cada
uno.
16 Vino el primero y dijo: Señor, tu mina ha
ganado diez minas.
17 Él le dijo: Bien hecho, buen siervo. Como
fuiste fiel en lo poco, tendrás autoridad sobre
diez ciudades.
18 Vino el segundo y dijo: Señor, tu mina ha
producido cinco minas.
19 También a este le dijo: Tú estarás sobre cinco
ciudades.
20 Vino otro y dijo: Señor, aquí está tu mina, que
guardé envuelta en un pañuelo.
21 Porque tuve miedo de ti, pues eres un
hombre duro. Tomas lo que no pusiste y cosechas
lo que no sembraste.
22 Entonces él le dijo: Por tus propias palabras
te juzgo, siervo malo. Sabías que soy un hombre
duro, que tomo lo que no puse y cosecho lo que
no sembré.
23 ¿Por qué, entonces, no pusiste mi dinero en el
banco, para que al volver yo lo recibiera con
intereses?

24 Luego dijo a los que estaban presentes:
Quítenle la mina y dénsela al que tiene diez minas.
25 Ellos le dijeron: Señor, él ya tiene diez minas.
26 Pues yo les digo que a todo el que tiene, se le
dará más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le
será quitado.
27 Y a aquellos enemigos míos que no quisieron
que yo reinara sobre ellos, tráiganlos acá y
mátenlos delante de mí.
28 Después de decir esto, Jesús siguió adelante,
subiendo a Jerusalén.
29 Cuando se acercó a Betfagé y Betania, junto
al monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus
discípulos,
30 diciendo: Vayan a la aldea que está delante
de ustedes. Al entrar en ella, encontrarán un
burrito atado, en el que nadie se ha sentado
todavía. Desátenlo y tráiganlo.
31 Si alguien les pregunta: ¿Por qué lo desatan?,
díganle: El Señor lo necesita.
32 Los que fueron enviados fueron y
encontraron todo como Jesús les había dicho.
33 Mientras desataban el burrito, sus dueños les
dijeron: ¿Por qué desatan el burrito?
34 Ellos respondieron: El Señor lo necesita.
35 Entonces lo trajeron a Jesús. Pusieron sus
mantos sobre el burrito, y sentaron a Jesús
encima.
36 Mientras él avanzaba, la gente tendía sus
mantos en el camino.
37 Cuando ya se acercaba a la bajada del monte
de los Olivos, toda la multitud de los discípulos

comenzó a alabar a Dios con alegría y a gran voz
por todas las maravillas que habían visto.
38 Decían: ¡Bendito el Rey que viene en el
nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en las
alturas!
39 Entonces algunos de los fariseos de entre la
multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus
discípulos.
40 Jesús les respondió: Les digo que, si ellos
callan, las piedras clamarán.
41 Cuando Jesús se acercó y vio la ciudad, lloró
por ella,
42 diciendo: ¡Si también tú hubieras conocido,
al menos en este día, lo que trae paz! Pero ahora
está escondido de tus ojos.
43 Porque vendrán días sobre ti cuando tus
enemigos levantarán una muralla contra ti, te
rodearán y te apretarán por todos lados.
44 Te derribarán a tierra, a ti y a tus hijos dentro
de ti. No dejarán en ti piedra sobre piedra, porque
no reconociste el tiempo en que Dios te visitó.
45 Jesús entró en el templo y comenzó a echar
fuera a los que vendían y compraban allí.
46 Les dijo: Está escrito: Mi casa es casa de
oración, pero ustedes la han convertido en cueva
de ladrones.
47 Jesús enseñaba cada día en el templo. Pero los
principales sacerdotes, los escribas y los líderes
del pueblo buscaban matarlo.
48 Sin embargo, no encontraban qué hacer,
porque todo el pueblo estaba muy atento
escuchándolo.

20

1 Sucedió un día que Jesús enseñaba al pueblo
en el templo y anunciaba las buenas noticias.
Entonces se acercaron los principales sacerdotes,
los escribas y los ancianos,
2 y le dijeron: Dinos, ¿con qué autoridad haces
estas cosas? ¿Quién te dio esta autoridad?
3 Jesús les respondió: Yo también les haré una
pregunta. Respóndanme:
4 El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los
hombres?
5 Ellos discutían entre sí, diciendo: Si decimos:
Del cielo, él dirá: ¿Por qué no le creyeron?
6 Pero si decimos: De los hombres, todo el
pueblo nos apedreará, porque están convencidos
de que Juan era profeta.
7 Entonces respondieron que no sabían de
dónde era.
8 Jesús les dijo: Tampoco yo les digo con qué
autoridad hago estas cosas.
9 Entonces comenzó a contar al pueblo esta
parábola: Un hombre plantó una viña, la arrendó
a unos labradores y se fue lejos por mucho
tiempo.
10 A su tiempo, envió un siervo a los labradores
para que le dieran parte del fruto de la viña. Pero
los labradores lo golpearon y lo enviaron con las
manos vacías.
11 Volvió a enviar otro siervo. También a este lo
golpearon, lo humillaron y lo enviaron con las
manos vacías.
12 Volvió a enviar un tercer siervo. A este
también lo hirieron y lo echaron fuera.

13 Entonces el dueño de la viña dijo: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; tal vez a él lo respeten.
14 Pero cuando los labradores lo vieron, discutieron entre sí, diciendo: Este es el heredero. Matémoslo, para que la herencia sea nuestra.
15 Lo echaron fuera de la viña y lo mataron. ¿Qué les hará, pues, el dueño de la viña?
16 Vendrá, destruirá a esos labradores y dará la viña a otros. Al oír esto, ellos dijeron: ¡Que nunca suceda!
17 Pero Jesús los miró y dijo: Entonces, ¿qué significa esto que está escrito: La piedra que desecharon los constructores ha llegado a ser la piedra principal?
18 Todo el que caiga sobre esa piedra será quebrado; pero sobre quien ella caiga, lo hará polvo.
19 En aquella misma hora, los principales sacerdotes y los escribas procuraban echarle mano, porque entendieron que había dicho esta parábola contra ellos; pero tuvieron miedo del pueblo.
20 Entonces lo vigilaban y enviaron espías que fingían ser justos, para atraparlo en alguna palabra y entregarlo al poder y autoridad del gobernador.
21 Ellos le preguntaron: Maestro, sabemos que hablas y enseñas rectamente, que no haces diferencia entre las personas, sino que enseñas con verdad el camino de Dios.
22 ¿Nos está permitido pagar impuesto a César, o no?

23 Pero Jesús, conociendo su astucia, les dijo:
¿Por qué me ponen a prueba?
24 Muéstrenme un denario. ¿De quién es la
imagen y la inscripción? Ellos respondieron: De
César.
25 Entonces les dijo: Den, pues, a César lo que es
de César, y a Dios lo que es de Dios.
26 No pudieron atraparlo en sus palabras
delante del pueblo. Maravillados de su respuesta,
se quedaron callados.
27 Entonces se acercaron algunos de los
saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le
preguntaron:
28 Maestro, Moisés nos escribió que si el
hermano de un hombre muere teniendo esposa,
pero sin hijos, su hermano debe casarse con la
viuda y levantar descendencia a su hermano.
29 Había siete hermanos. El primero tomó
esposa, y murió sin hijos.
30 El segundo también se casó con ella, y murió
sin hijos.
31 Luego el tercero la tomó, y de la misma
manera los siete murieron sin dejar hijos.
32 Finalmente murió también la mujer.
33 En la resurrección, ¿de cuál de ellos será
esposa? Porque los siete la tuvieron por esposa.
34 Jesús les respondió: Los hijos de este mundo
se casan y se dan en casamiento.
35 Pero los que sean tenidos por dignos de
alcanzar aquel mundo y la resurrección de entre
los muertos, no se casan ni se dan en casamiento.

36 Tampoco pueden ya morir, porque son
iguales a los ángeles y son hijos de Dios, al ser
hijos de la resurrección.
37 Y que los muertos resucitan, aun Moisés lo
mostró en el pasaje de la zarza, cuando llama al
Señor: Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de
Jacob.
38 Dios no es Dios de muertos, sino de vivos,
porque para él todos viven.
39 Entonces algunos de los escribas
respondieron: Maestro, has hablado bien.
40 Y ya no se atrevían a preguntarle nada.
41 Jesús les dijo: ¿Cómo dicen que el Cristo es
hijo de David?
42 Porque David mismo dice en el libro de los
Salmos: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi
derecha,
43 hasta que ponga a tus enemigos por estrado
de tus pies.
44 David lo llama Señor. Entonces, ¿cómo es su
hijo?
45 Mientras todo el pueblo escuchaba, Jesús dijo
a sus discípulos:
46 Cuídense de los escribas, a quienes les gusta
andar con ropas largas, recibir saludos
respetuosos en las plazas, ocupar los primeros
asientos en las sinagogas y los primeros lugares
en las cenas.
47 Ellos devoran las casas de las viudas, y para
aparentar hacen largas oraciones. Estos
recibirán mayor condenación.

21

1 Jesús miró y vio a los ricos echando sus
ofrendas en el arca del templo.
2 También vio a una viuda pobre que echaba
dos moneditas.
3 Entonces dijo: De cierto les digo que esta
viuda pobre echó más que todos.
4 Porque todos ellos echaron de lo que les
sobra; pero ella, de su pobreza, echó todo lo que
tenía para vivir.
5 Algunos hablaban del templo, de cómo estaba
adornado con hermosas piedras y ofrendas
dedicadas a Dios. Pero Jesús dijo:
6 En cuanto a estas cosas que ven, vendrán días
en que no quedará piedra sobre piedra que no
sea derribada.
7 Entonces le preguntaron: Maestro, ¿cuándo
sucederán estas cosas? ¿Y cuál será la señal de
que están por suceder?
8 Él dijo: Cuídense de no ser engañados, porque
muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy,
y: El tiempo está cerca. No vayan tras ellos.
9 Cuando oigan de guerras y disturbios, no se
alarmen; porque es necesario que estas cosas
sucedan primero, pero el fin no vendrá
enseguida.
10 Entonces les dijo: Se levantará nación contra
nación, y reino contra reino.
11 Habrá grandes terremotos, hambres y pestes
en diferentes lugares; y habrá cosas espantosas y
grandes señales del cielo.
12 Pero antes de todo esto, les echarán mano y
los perseguirán. Los entregarán a las sinagogas y

a las cárceles, y serán llevados ante reyes y
gobernadores por causa de mi nombre.
13 Esto les servirá como oportunidad para dar
testimonio.
14 Por eso, decidan en sus corazones no
preparar de antemano su defensa.
15 Porque yo les daré palabras y sabiduría, que
ninguno de sus adversarios podrá resistir ni
contradecir.
16 Ustedes serán entregados aun por sus
padres, hermanos, parientes y amigos; y matarán
a algunos de ustedes.
17 Serán odiados por todos por causa de mi
nombre.
18 Pero ni un cabello de su cabeza se perderá.
19 Con su perseverancia ganarán sus vidas.
20 Cuando vean a Jerusalén rodeada de ejércitos,
sepan entonces que su destrucción está cerca.
21 Entonces los que estén en Judea huyan a los
montes. Los que estén dentro de la ciudad salgan,
y los que estén en los campos no entren en ella.
22 Porque estos son días de castigo, para que se
cumpla todo lo que está escrito.
23 ¡Ay de las mujeres que estén embarazadas y
de las que estén criando en aquellos días! Porque
habrá gran angustia en la tierra e ira contra este
pueblo.
24 Caerán a filo de espada y serán llevados
cautivos a todas las naciones. Jerusalén será
pisoteada por los gentiles, hasta que se cumplan
los tiempos de los gentiles.
25 Habrá señales en el sol, en la luna y en las
estrellas. En la tierra, las naciones estarán

angustiadas, confundidas por el rugido del mar y de las olas.
26 Los hombres se desmayarán de miedo y de esperar las cosas que vendrán sobre el mundo, porque los poderes de los cielos serán sacudidos.
27 Entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube con poder y gran gloria.
28 Cuando estas cosas comiencen a suceder, levántense y alcen la cabeza, porque su redención está cerca.
29 También les contó una parábola: Miren la higuera y todos los árboles.
30 Cuando ven que ya brotan, ustedes saben por sí mismos que el verano está cerca.
31 Así también ustedes, cuando vean que suceden estas cosas, sepan que el reino de Dios está cerca.
32 De cierto les digo que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda.
33 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.
34 Tengan cuidado de ustedes mismos, para que sus corazones no se carguen de glotonería, embriaguez y preocupaciones de esta vida, y aquel día venga sobre ustedes de repente.
35 Porque vendrá como una trampa sobre todos los que viven en toda la tierra.
36 Velen, pues, en todo tiempo, orando para que sean tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar de pie delante del Hijo del Hombre.

37 Durante el día, Jesús enseñaba en el templo; y
por la noche salía y se quedaba en el monte
llamado de los Olivos.
38 Y todo el pueblo venía temprano al templo
para escucharlo.

22

1 Se acercaba la fiesta de los panes sin
levadura, que se llama la Pascua.
2 Los principales sacerdotes y los escribas
buscaban cómo matar a Jesús, pero temían al
pueblo.
3 Entonces Satanás entró en Judas, llamado
Iscariote, uno de los doce.
4 Judas fue y habló con los principales
sacerdotes y con los jefes de la guardia del templo
sobre cómo entregarles a Jesús.
5 Ellos se alegraron y acordaron darle dinero.
6 Judas aceptó, y buscaba una oportunidad
para entregarlo cuando no hubiera gente.
7 Llegó el día de los panes sin levadura, cuando
se debía sacrificar el cordero de la Pascua.
8 Jesús envió a Pedro y a Juan, diciendo: Vayan
y preparen la Pascua para nosotros, para que la
comamos.
9 Ellos le preguntaron: ¿Dónde quieres que la
preparemos?
10 Él les dijo: Al entrar en la ciudad, les saldrá al
encuentro un hombre que lleva un cántaro de
agua. Síganlo hasta la casa donde entre.
11 Díganle al dueño de la casa: El Maestro te
dice: ¿Dónde está el cuarto de huéspedes donde
pueda comer la Pascua con mis discípulos?

12 Él les mostrará un gran aposento alto, ya
arreglado. Preparen allí.
13 Ellos fueron y encontraron todo como Jesús
les había dicho, y prepararon la Pascua.
14 Cuando llegó la hora, Jesús se sentó a la mesa,
y los apóstoles con él.
15 Entonces les dijo: Con gran deseo he deseado
comer esta Pascua con ustedes antes de padecer.
16 Porque les digo que no la comeré más hasta
que se cumpla en el reino de Dios.
17 Tomó una copa, dio gracias y dijo: Tomen
esto y repártanlo entre ustedes.
18 Porque les digo que desde ahora no beberé
del fruto de la vid hasta que venga el reino de
Dios.
19 Luego tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo
dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por ustedes
es dado. Hagan esto en memoria de mí.
20 De la misma manera, después de cenar, tomó
la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en
mi sangre, que es derramada por ustedes.
21 Pero miren, la mano del que me traiciona
está conmigo en la mesa.
22 A la verdad, el Hijo del Hombre va según lo
que ha sido determinado; pero ¡ay de aquel
hombre por medio de quien es traicionado!
23 Entonces ellos comenzaron a preguntarse
entre sí quién de ellos sería el que haría esto.
24 También hubo entre ellos una discusión
sobre cuál de ellos sería considerado el mayor.
25 Jesús les dijo: Los reyes de las naciones se
enseñorean de ellas, y los que tienen autoridad
sobre ellas son llamados bienhechores.

26 Pero ustedes no deben ser así. Más bien, el
mayor entre ustedes sea como el más joven, y el
que dirige, como el que sirve.
27 Porque ¿quién es mayor: el que está sentado
a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que está
sentado a la mesa? Pero yo estoy entre ustedes
como el que sirve.
28 Ustedes son los que han permanecido
conmigo en mis pruebas.
29 Yo les asigno un reino, como mi Padre me lo
asignó a mí,
30 para que coman y beban a mi mesa en mi
reino, y se sienten en tronos para juzgar a las
doce tribus de Israel.
31 Dijo también el Señor: Simón, Simón, Satanás
los ha pedido para zarandearlos como trigo.
32 Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no
falte; y tú, cuando hayas vuelto, fortalece a tus
hermanos.
33 Pedro le dijo: Señor, estoy dispuesto a ir
contigo no solo a la cárcel, sino también a la
muerte.
34 Jesús le respondió: Pedro, te digo que hoy no
cantará el gallo antes de que niegues tres veces
que me conoces.
35 Luego les dijo: Cuando los envié sin bolsa, sin
alforja y sin sandalias, ¿les faltó algo? Ellos
respondieron: Nada.
36 Entonces les dijo: Pero ahora, el que tiene
bolsa, tómela; también la alforja. Y el que no tiene
espada, venda su manto y compre una.
37 Porque les digo que todavía debe cumplirse
en mí esto que está escrito: Fue contado con los

malhechores. Pues lo que está escrito acerca de
mí tiene cumplimiento.
38 Ellos dijeron: Señor, mira, aquí hay dos
espadas. Él les dijo: Basta.
39 Jesús salió y fue, como acostumbraba, al
monte de los Olivos; y sus discípulos lo siguieron.
40 Cuando llegó al lugar, les dijo: Oren para que
no entren en tentación.
41 Se apartó de ellos como a distancia de un tiro
de piedra, se arrodilló y oró,
42 diciendo: Padre, si quieres, aparta de mí esta
copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.
43 Entonces se le apareció un ángel del cielo
para fortalecerlo.
44 Y estando en gran angustia, oraba con más
intensidad; y su sudor era como grandes gotas de
sangre que caían hasta la tierra.
45 Cuando se levantó de la oración y vino a sus
discípulos, los encontró durmiendo a causa de la
tristeza.
46 Les dijo: ¿Por qué duermen? Levántense y
oren, para que no entren en tentación.
47 Mientras Jesús todavía hablaba, llegó una
multitud. Judas, uno de los doce, iba delante de
ellos, y se acercó a Jesús para besarlo.
48 Pero Jesús le dijo: Judas, ¿con un beso
traicionas al Hijo del Hombre?
49 Cuando los que estaban con Jesús vieron lo
que iba a pasar, le dijeron: Señor, ¿heriremos con la
espada?
50 Y uno de ellos hirió al siervo del sumo
sacerdote y le cortó la oreja derecha.

51 Entonces Jesús respondió: Basta ya. Y
tocando la oreja del hombre, lo sanó.
52 Jesús dijo a los principales sacerdotes, a los
jefes de la guardia del templo y a los ancianos
que habían venido contra él: ¿Han salido con
espadas y palos como contra un ladrón?
53 Cada día estaba con ustedes en el templo, y
no extendieron las manos contra mí. Pero esta es
la hora de ustedes y el poder de las tinieblas.
54 Entonces lo arrestaron, lo llevaron y lo
metieron en la casa del sumo sacerdote. Pedro lo
seguía de lejos.
55 Encendieron fuego en medio del patio y se
sentaron juntos; y Pedro se sentó entre ellos.
56 Una criada lo vio sentado junto al fuego.
Mirándolo fijamente, dijo: Este también estaba
con él.
57 Pero Pedro lo negó, diciendo: Mujer, no lo
conozco.
58 Poco después, otro lo vio y dijo: Tú también
eres de ellos. Pero Pedro respondió: Hombre, no
lo soy.
59 Como una hora más tarde, otro afirmaba con
insistencia: De verdad, este también estaba con
él, porque es galileo.
60 Pedro dijo: Hombre, no sé de qué hablas. Y
enseguida, mientras él todavía hablaba, cantó el
gallo.
61 Entonces el Señor se volvió y miró a Pedro.
Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le
había dicho: Antes de que cante el gallo, me
negarás tres veces.
62 Y Pedro salió afuera y lloró amargamente.

63 Los hombres que tenían preso a Jesús se
burlaban de él y lo golpeaban.
64 Le cubrieron los ojos, lo golpeaban en el
rostro y le preguntaban: Profetiza. ¿Quién te
golpeó?
65 Y decían muchas otras cosas contra él,
insultándolo.
66 Cuando se hizo de día, se reunió el consejo de
los ancianos del pueblo, con los principales
sacerdotes y los escribas, y llevaron a Jesús ante
el concilio.
67 Le dijeron: Si tú eres el Cristo, dínoslo. Pero él
les dijo: Si se lo digo, no lo creerán.
68 Y si les pregunto, no me responderán ni me
soltarán.
69 Pero desde ahora el Hijo del Hombre estará
sentado a la derecha del poder de Dios.
70 Entonces todos dijeron: ¿Eres tú, entonces, el
Hijo de Dios? Él les dijo: Ustedes dicen que yo soy.
71 Ellos dijeron: ¿Qué más necesidad tenemos
de testimonio? Nosotros mismos lo hemos oído
de su boca.

23

1 Entonces toda la asamblea se levantó y llevó a
Jesús ante Pilato.
2 Comenzaron a acusarlo, diciendo: Hemos
encontrado a este hombre alborotando a nuestra
nación, prohibiendo pagar impuestos a César, y
diciendo que él mismo es el Cristo, un rey.
3 Pilato le preguntó: ¿Eres tú el Rey de los judíos?
Jesús le respondió: Tú lo dices.

4 Entonces Pilato dijo a los principales
sacerdotes y a la gente: No encuentro culpa en
este hombre.
5 Pero ellos insistían con más fuerza, diciendo:
Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea,
desde Galilea hasta aquí.
6 Cuando Pilato oyó Galilea, preguntó si el
hombre era galileo.
7 Al saber que pertenecía a la jurisdicción de
Herodes, lo envió a Herodes, quien también
estaba en Jerusalén en aquellos días.
8 Al ver a Jesús, Herodes se alegró mucho,
porque hacía mucho tiempo quería verlo. Había
oído muchas cosas acerca de él, y esperaba verlo
hacer alguna señal.
9 Le hizo muchas preguntas, pero Jesús no le
respondió nada.
10 Los principales sacerdotes y los escribas
estaban allí, acusándolo con mucha fuerza.
11 Entonces Herodes, con sus soldados, lo trató
con desprecio y se burló de él. Lo vistió con una
ropa espléndida y lo envió de vuelta a Pilato.
12 Aquel mismo día, Pilato y Herodes se hicieron
amigos, porque antes estaban enemistados.
13 Pilato reunió a los principales sacerdotes, a
los gobernantes y al pueblo,
14 y les dijo: Ustedes me han traído a este
hombre como alguien que alborota al pueblo.
Pero yo lo he interrogado delante de ustedes, y no
he encontrado en él ninguna culpa de las cosas
de que lo acusan.

15 Tampoco Herodes, porque nos lo devolvió.
Como ven, no ha hecho nada que merezca la
muerte.
16 Por eso lo castigaré y lo soltaré.
17 Porque era necesario que les soltara un
preso en la fiesta.
18 Pero todos gritaron a una voz: ¡Fuera con
este! ¡Suéltanos a Barrabás!
19 Barrabás había sido echado en la cárcel por
una rebelión en la ciudad y por asesinato.
20 Pilato volvió a hablarles, queriendo soltar a
Jesús.
21 Pero ellos gritaban: ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!
22 Él les dijo por tercera vez: ¿Pues qué mal ha
hecho? No he encontrado en él ninguna culpa
que merezca la muerte. Por eso lo castigaré y lo
soltaré.
23 Pero ellos insistían a grandes voces, pidiendo
que fuera crucificado. Y sus voces y las de los
principales sacerdotes prevalecieron.
24 Entonces Pilato decidió que se hiciera lo que
ellos pedían.
25 Les soltó al que había sido encarcelado por
rebelión y asesinato, a quien ellos habían pedido;
y entregó a Jesús a la voluntad de ellos.
26 Mientras se llevaban a Jesús, tomaron a un
hombre llamado Simón de Cirene, que venía del
campo, y le pusieron la cruz encima para que la
llevara detrás de Jesús.
27 Lo seguía una gran multitud del pueblo, y
también mujeres que lloraban y se lamentaban
por él.

28 Pero Jesús se volvió hacia ellas y dijo: Hijas
de Jerusalén, no lloren por mí; más bien lloren
por ustedes mismas y por sus hijos.
29 Porque vendrán días en que dirán: Dichosas
las estériles, los vientres que no dieron a luz y los
pechos que no criaron.
30 Entonces comenzarán a decir a los montes:
Caigan sobre nosotros; y a las colinas: Cúbrannos.
31 Porque si esto hacen con el árbol verde, ¿qué
no harán con el seco?
32 También llevaban con él a otros dos, que
eran malhechores, para ser ejecutados.
33 Cuando llegaron al lugar llamado La
Calavera, allí crucificaron a Jesús y a los
malhechores, uno a su derecha y otro a su
izquierda.
34 Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no
saben lo que hacen. Y repartieron su ropa
echando suertes.
35 El pueblo estaba mirando. Los gobernantes
también se burlaban de él, diciendo: A otros
salvó; que se salve a sí mismo, si este es el Cristo,
el escogido de Dios.
36 También los soldados se burlaban de él. Se
acercaban y le ofrecían vinagre,
37 diciendo: Si tú eres el Rey de los judíos,
sálvate a ti mismo.
38 Había también sobre él una inscripción
escrita: ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS.
39 Uno de los malhechores que estaban
colgados lo insultaba, diciendo: Si tú eres el
Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros.

40 Pero el otro lo reprendió, diciendo: ¿Ni
siquiera temes a Dios, estando bajo la misma
condena?
41 Nosotros, a la verdad, padecemos
justamente, porque recibimos lo que merecen
nuestros hechos; pero este hombre no ha hecho
nada malo.
42 Luego dijo a Jesús: Señor, acuérdate de mí
cuando vengas en tu reino.
43 Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás
conmigo en el paraíso.
44 Era como la hora sexta, y hubo oscuridad
sobre toda la tierra hasta la hora novena.
45 El sol se oscureció, y la cortina del templo se
rasgó por la mitad.
46 Entonces Jesús clamó a gran voz y dijo:
Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y
habiendo dicho esto, entregó su espíritu.
47 Cuando el centurión vio lo que había
sucedido, glorificó a Dios, diciendo:
Verdaderamente este hombre era justo.
48 Toda la multitud que se había reunido para
ver este espectáculo, al ver lo sucedido, volvió
golpeándose el pecho.
49 Pero todos sus conocidos, y las mujeres que
lo habían seguido desde Galilea, estaban de lejos
mirando estas cosas.
50 Había un hombre llamado José, miembro del
concilio, hombre bueno y justo.
51 Él no había estado de acuerdo con la decisión
ni con las acciones de ellos. Era de Arimatea,
ciudad de Judea, y esperaba el reino de Dios.

52 Este hombre fue a Pilato y pidió el cuerpo de
Jesús.
53 Lo bajó de la cruz, lo envolvió en una sábana
de lino y lo puso en un sepulcro cavado en la
roca, donde todavía no se había puesto a nadie.
54 Era el día de la preparación, y estaba por
comenzar el día de reposo.
55 Las mujeres que habían venido con Jesús
desde Galilea siguieron a José. Vieron el sepulcro
y cómo fue puesto el cuerpo de Jesús.
56 Luego volvieron y prepararon especias
aromáticas y perfumes. Y descansaron el día de
reposo, conforme al mandamiento.

24

1 El primer día de la semana, muy temprano,
las mujeres fueron al sepulcro llevando las
especias aromáticas que habían preparado, y
algunas otras mujeres iban con ellas.
2 Encontraron removida la piedra del sepulcro.
3 Entraron, pero no hallaron el cuerpo del
Señor Jesús.
4 Mientras estaban confundidas por esto, se les
presentaron dos hombres con ropas
resplandecientes.
5 Como ellas tuvieron miedo y bajaron el rostro
a tierra, ellos les dijeron: ¿Por qué buscan entre
los muertos al que vive?
6 No está aquí, sino que ha resucitado.
Recuerden lo que les habló cuando todavía
estaba en Galilea,

7 diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre
sea entregado en manos de hombres pecadores,
que sea crucificado y que resucite al tercer día.
8 Entonces ellas se acordaron de sus palabras.
9 Al volver del sepulcro, contaron todas estas
cosas a los once y a todos los demás.
10 Eran María Magdalena, Juana, María la
madre de Jacobo, y las demás mujeres con ellas,
quienes dijeron estas cosas a los apóstoles.
11 Pero a ellos estas palabras les parecían una
locura, y no les creían.
12 Sin embargo, Pedro se levantó y corrió al
sepulcro. Al inclinarse para mirar, vio solo los
lienzos puestos allí. Luego se fue a casa,
maravillado de lo que había sucedido.
13 Aquel mismo día, dos de ellos iban a una
aldea llamada Emaús, que estaba como a once
kilómetros de Jerusalén.
14 Iban conversando entre sí de todas las cosas
que habían sucedido.
15 Mientras conversaban y discutían, Jesús
mismo se acercó y caminaba con ellos.
16 Pero los ojos de ellos estaban velados, para
que no lo reconocieran.
17 Él les dijo: ¿Qué conversación es esta que
tienen entre ustedes mientras caminan, y por
qué están tristes?
18 Uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió:
¿Eres tú el único que visita Jerusalén y no sabe las
cosas que han sucedido allí en estos días?
19 Él les preguntó: ¿Qué cosas? Ellos le dijeron:
Lo de Jesús de Nazaret, que fue un profeta

poderoso en obra y palabra delante de Dios y de
todo el pueblo.
20 Nuestros principales sacerdotes y
gobernantes lo entregaron para ser condenado a
muerte, y lo crucificaron.
21 Pero nosotros esperábamos que él era quien
iba a redimir a Israel. Además de todo esto, hoy
es el tercer día desde que estas cosas sucedieron.
22 También algunas mujeres de entre nosotros
nos asombraron. Fueron temprano al sepulcro,
23 y como no hallaron su cuerpo, vinieron
diciendo que habían visto una visión de ángeles,
quienes dijeron que él vive.
24 Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y
lo encontraron tal como las mujeres habían
dicho, pero a él no lo vieron.
25 Entonces Jesús les dijo: ¡Insensatos y tardos de
corazón para creer todo lo que los profetas han
dicho!
26 ¿No era necesario que el Cristo padeciera
estas cosas y entrara en su gloria?
27 Y comenzando desde Moisés y siguiendo por
todos los Profetas, les explicó en todas las
Escrituras lo que se refería a él.
28 Al llegar cerca de la aldea adonde iban, Jesús
hizo como que iba más lejos.
29 Pero ellos le insistieron, diciendo: Quédate
con nosotros, porque se hace tarde y el día ya está
por terminar. Entonces él entró para quedarse
con ellos.
30 Sucedió que, estando sentado a la mesa con
ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio.

31 Entonces se les abrieron los ojos y lo
reconocieron; pero él desapareció de su vista.
32 Se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro
corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba
en el camino y nos abría las Escrituras?
33 En esa misma hora se levantaron y volvieron
a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los once
y a los que estaban con ellos,
34 quienes decían: ¡Es verdad! El Señor ha
resucitado y se ha aparecido a Simón.
35 Entonces ellos contaron lo que les había
sucedido en el camino, y cómo lo habían
reconocido al partir el pan.
36 Mientras ellos hablaban de estas cosas, Jesús
mismo se puso en medio de ellos y les dijo: Paz a
ustedes.
37 Pero ellos, espantados y llenos de miedo,
pensaban que veían un espíritu.
38 Él les dijo: ¿Por qué están turbados? ¿Por qué
surgen dudas en sus corazones?
39 Miren mis manos y mis pies: soy yo mismo.
Tóquenme y vean, porque un espíritu no tiene
carne ni huesos, como ustedes ven que yo tengo.
40 Después de decir esto, les mostró las manos y
los pies.
41 Como ellos todavía no lo creían por causa del
gozo y el asombro, Jesús les dijo: ¿Tienen aquí algo
de comer?
42 Entonces le dieron un pedazo de pescado
asado y un panal de miel.
43 Él lo tomó y comió delante de ellos.
44 Luego les dijo: Estas son las palabras que les
hablé cuando todavía estaba con ustedes: que era

necesario que se cumpliera todo lo que está
escrito acerca de mí en la Ley de Moisés, en los
Profetas y en los Salmos.
45 Entonces les abrió el entendimiento para
que comprendieran las Escrituras.
46 Les dijo: Así está escrito, y así era necesario
que el Cristo padeciera y resucitara de entre los
muertos al tercer día,
47 y que se predicara en su nombre el
arrepentimiento y el perdón de pecados a todas
las naciones, comenzando desde Jerusalén.
48 Ustedes son testigos de estas cosas.
49 Miren, yo enviaré sobre ustedes la promesa
de mi Padre. Pero quédense en la ciudad de
Jerusalén hasta que sean revestidos de poder
desde lo alto.
50 Luego los llevó fuera hasta Betania. Alzando
sus manos, los bendijo.
51 Sucedió que, mientras los bendecía, se separó
de ellos y fue llevado al cielo.
52 Ellos lo adoraron y volvieron a Jerusalén con
gran gozo.
53 Y estaban siempre en el templo, alabando y
bendiciendo a Dios. Amén.

La Biblia en Español Sencillo 2026
The Holy Bible in Simple Spanish, 2026

Public Domain

Language: Español (Spanish)

Dialect: Latin America/Mexico

Translation by: AudioBiblia.org

La Biblia en Español Sencillo 2026

traducido y editado por Irma Flores

email: info@audiobiblia.org

audiobiblia.org

2026-10-30

PDF generated using Haiola and XeLaTeX on 30 Oct 2026 from source files dated 30 Oct 2026
45169fd9-2075-59c7-9c7c-6c4d221175a8